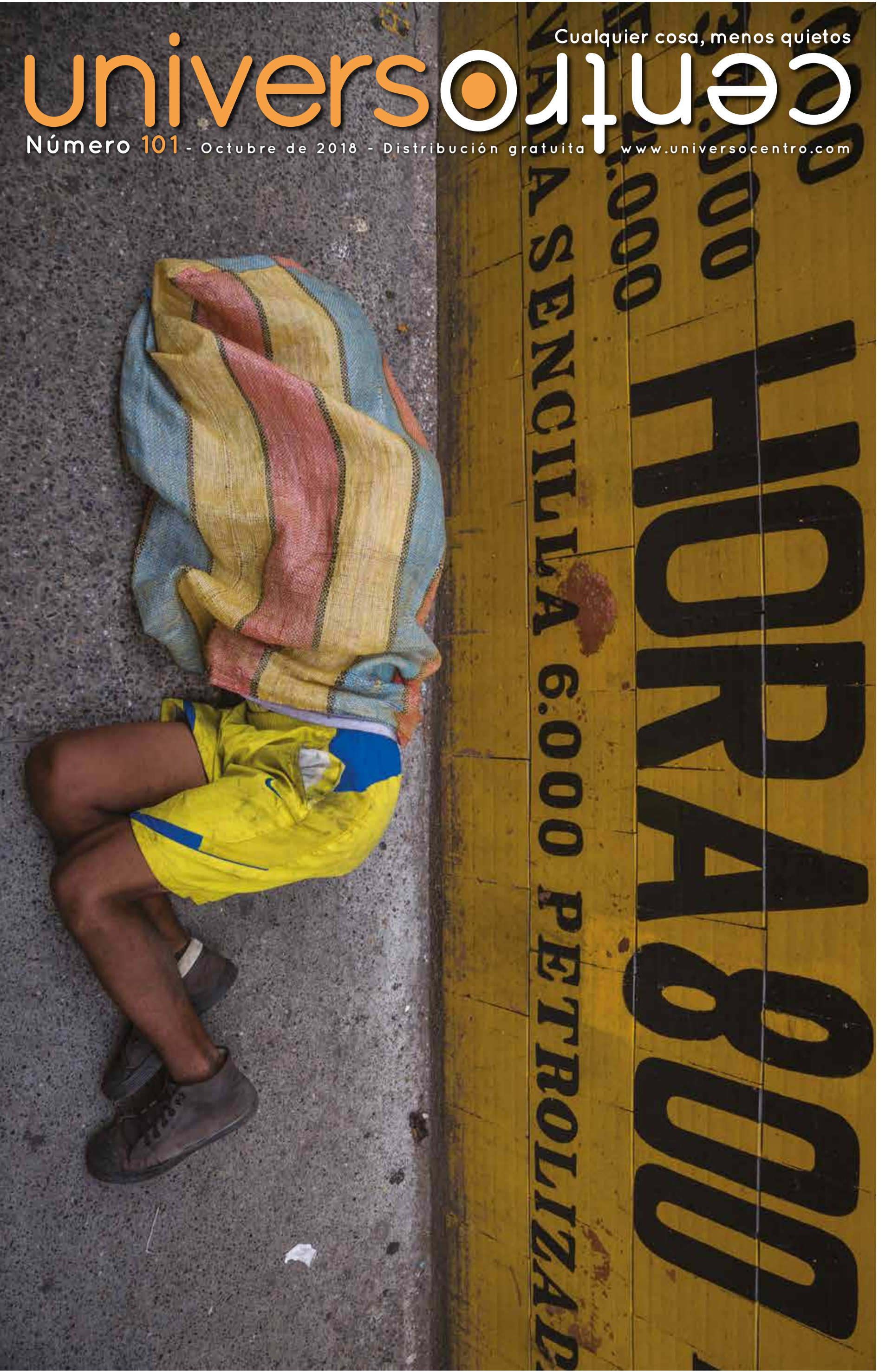


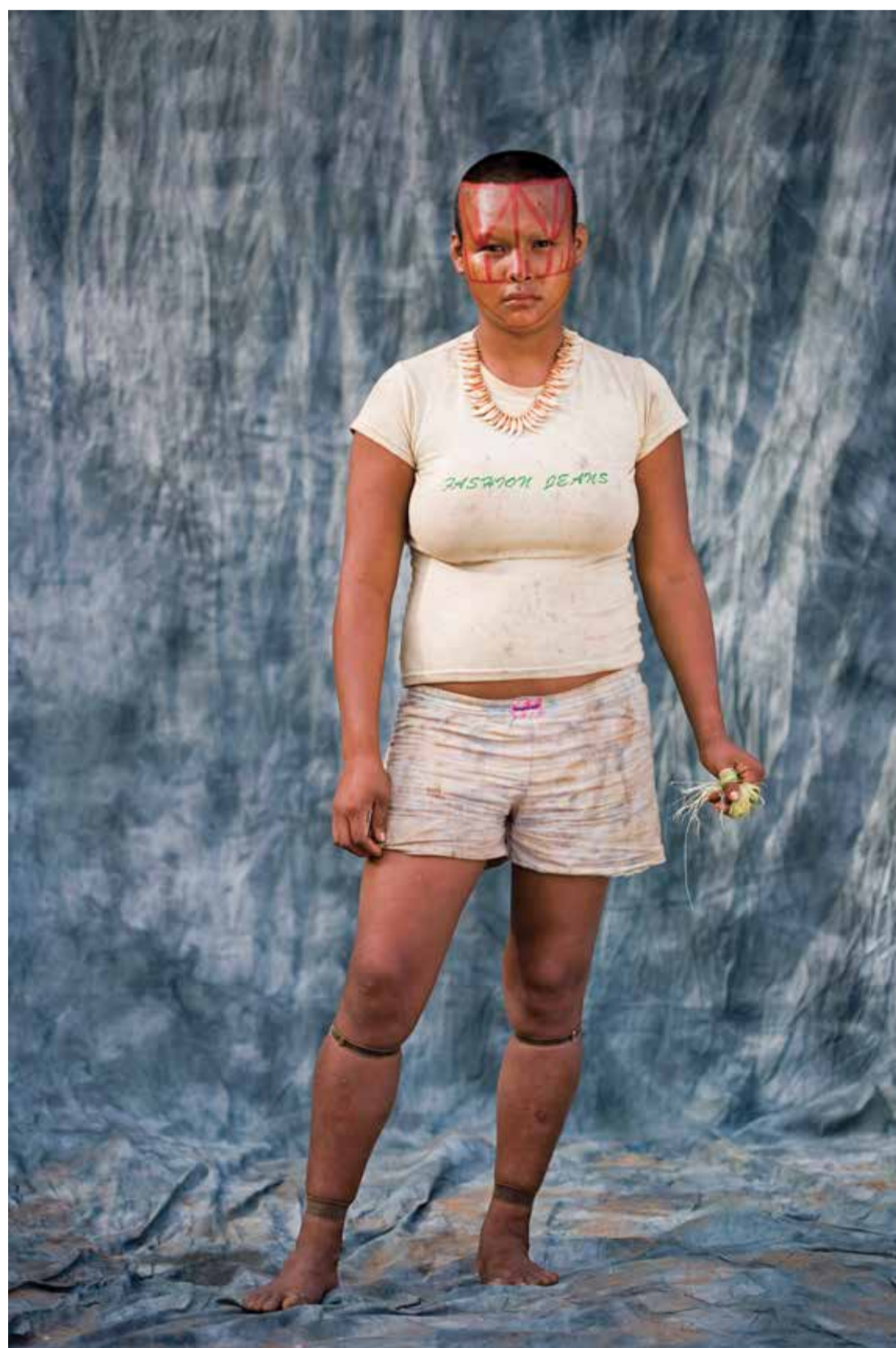
universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 101 - Octubre de 2018 - Distribución gratuita www.universoctr.com



Los últimos nómadas



Caminantes desnudos, pieles de ébano, pintura de achiote en los rostros, felinos ojos, la serenidad en flor. Conocedores de la manigua y sus misterios, botánicos natos, imitadores del canto de los animales, protectores y cazadores de monos, tejedores, pescadores, recolectores de semillas y frutos. Los últimos nómadas en Colombia que se mueven al ritmo de la espiral, siguiendo caminos ancestrales, los hijos de Mainako, su madre creadora: los nukak makú. Están organizados en clanes autónomos conformados por familias que se mueven indefinidamente por la floresta. Se asientan entre frondosos árboles y arman sus chozas con lo que la naturaleza les

provee. En el centro siempre hay una fogata, y alrededor están las hamacas donde tejen, cantan y duermen. Los nukak tiran al suelo de ese hogar temporal los desechos orgánicos, cáscaras, semillas, bagozo, corteza, huesos. Es su forma de abonar la tierra que les dio cobijo. Cuando se marchan no tumban nada, la jungla se encargará del resto. Raras veces se cruzan con otras bandas de nukaks, aunque ocasionalmente se reúnen en celebraciones rituales para honrar a sus dioses y formar nuevas familias.

A finales de los años ochenta, cuando estos milenarios transeúntes del Amazonas se encontraron frente a frente con los *kawede* (los hombres blancos) y su modernidad, empezaron un vertiginoso

Fotografías de Luca Zanetti

Texto: ANAMARÍA BEDOYA

camino a la extinción. A casi treinta años de ese encuentro, que atrajo canales de televisión, oenegés internacionales, antropólogos, misioneros evangélicos y, obligadamente, al gobierno colombiano, los nukak permanecen refugiados en tres albergues, a menos de una hora del casco urbano del municipio de San José del Guaviare, al sudeste del país. Ahora, permanecen asentados en el mismo sitio, visten con curtidas ropas y hasta llevan en la mano relojes digitales, aunque no sepan cuántos años tienen ni qué día nacieron y la noche signifique en su cosmogonía el arribo del espíritu.

Según la Organización de Naciones Unidas la intervención del Estado ha sido lenta, limitada, asistencialista y sin enfoque diferencial étnico. La ONU ha presionado para que las 36 comunidades indígenas en peligro de extinción en Colombia sean protegidas, vuelvan a sus territorios y se les garantice su permanencia en ellos y el respeto a sus culturas. Las primeras instituciones gubernamentales en abordarlos lo hicieron a principios de los noventa. En 1993, el Estado los reubicó en un resguardo de casi un millón de hectáreas, entre los ríos Guaviare e Inírida, en un intento de circunscribirlos a un espacio donde pudieran continuar haciendo lo que hacen desde la aurora de los tiempos a lo largo y ancho del territorio amazónico.

No existen en su idioma las palabras propiedad privada ni frontera. Los nukak vivían sin saber lo que pasaba más allá de sus dominios, ignorando que afuera había y se multiplicaba una humanidad industrializada. Empezaron a ser invadidos por colonos que venían a explotar el bosque, a convertirlo en madera, a lacerar los troncos de los árboles para que lloraran caucho, a buscar petróleo y minerales. Sus rutas de nómadas fueron interrumpidas por campamentos guerrilleros, donde había otros hombres blancos amarrados con cadenas: no sabían entonces que esos eran algunos de los más de 27 mil secuestrados que ha habido en el país.

Nadie los protegió de la expansión de las Farc, la guerrilla desmovilizada en 2016 en un Acuerdo de Paz histórico, en el que más de once mil hombres dejaron las armas. En esa región, la guerrilla estaba presente con el Bloque Oriental, el cual, durante más de cuarenta años alcanzó presencia en 55 por ciento del territorio nacional. Se adueñaron de esas tierras y las llenaron con minas antipersona; aunque ya para 2015, según Landmine Monitor, Colombia había pasado del segundo a sexto lugar en el ranking de países con más víctimas de minas antipersonal en el mundo.

Nadie los protegió tampoco de la llegada de los paramilitares ni del narcotráfico, que aprovecharon la espesura de la selva para camuflar los cultivos de coca, que según la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC) en el 2016 posicionaron al departamento en el séptimo lugar a nivel nacional con 6838 hectáreas sembradas. Los ríos se volvieron autopistas de los narcos. Y distintos desconocidos venían a hacerles extrañas preguntas a los nukak, y a hablarles de un tal Jesús, hijo de Dios, aunque para ellos Dios es hembra.

La mitad de la población nukak murió en esa década, la mayoría por las enfermedades que trajeron los *kawede*: gripa, paludismo, leishmaniasis, sarampión, meningitis... También hubo asesinatos selectivos. Otros fueron esclavizados por los colonos u obligados a trabajar en los cultivos sembrando y recogiendo coca. Finalmente, en 2005, fueron expulsados por las Farc. En ese entonces, según un censo del gobierno, había alrededor de mil nukaks. Hoy quedan menos de doscientas familias. Una parte habita en los albergues, otros vagan desplazados en



ciudades más grandes y un puñado, dicen, resisten como nómadas en lo profundo del monte.

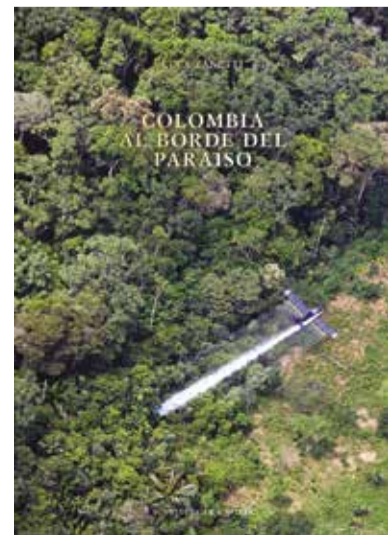
Tras los sucesivos desplazamientos y ante la presión de organizaciones humanitarias internacionales y locales, la Corte Constitucional ordenó la creación del Plan Salvaguarda para proteger este pueblo nómada y las demás comunidades indígenas, fortalecer su sistema organizativo, garantizarles salud, etnoeducación y alimentación, respetando sus tradiciones. Han pasado siete años desde entonces y el diseño de dicho plan no ha finalizado ni ha sido aprobado el convenio con las instituciones que serán las encargadas de ejecutarlos. Tras la firma del Acuerdo

de Paz con las Farc se supone que los nukak podrán regresar a su resguardo, pero para que eso suceda el Estado debe devolverles el territorio desminado, libre de cultivos ilícitos y de actores armados.

Los nukaks que viven en esos albergues de San José del Guaviare aún pintan sus rostros con pigmentos, todavía tejen, sus artesanías son compradas por unos pesos. No tienen agua potable. Cada mes reciben un mercado lleno de enlatados y granos que a ellos no les gustan, y entre los jóvenes muchos han perdido la lengua de sus padres. Solo un 27 por ciento la domina. Hay nukaks que dejarán de ser nukaks, atrapados en el sistema de los hombres blancos.

Muchos abuelos nukaks han muerto y con ellos su tradición oral y los sabios secretos para vivir en armonía con la selva. Pero también hay nukaks que quieren regresar, esos nukaks, cuando el hombre blanco no los mira, se quitan la ropa y desnudos van hasta los bosques más cercanos, armados con cerbatanas, para buscar la comida que les gusta. Regresan cuando cae la tarde, los niños arman alboroto al ver las presas; cansados, los cazadores se acuestan a dormir en las hamacas. Y se arrullan con los cantos tristes de sus mujeres, que añoran el día en el que vuelvan a despertarse en lo profundo de la manigua. ©





Las fotografías y el texto hacen parte del libro *Colombia al borde del paraíso*.

Circularart
2018
DEL 1 AL 4 DE NOVIEMBRE

LO VAS A ESCUCCHAR EN MEDELLÍN
ANTES DE QUE EL MUNDO SE ENTERE

CIRCULARART
ES EL MERCADO LATINOAMERICANO DE LA INDUSTRIA MUSICAL INDEPENDIENTE

Ilustración: Tobías Arboleda

Circulart
2018
DEL 1 AL 4 DE NOVIEMBRE

PROGRAMACIÓN
PÚBLICA



•SHOWCASES

PRESENTACIONES DIARIAS
EN EL TEATRO PABLO TOBÓN URIBE*
(*Programación sujeta a cambios)

JUEVES 1

PATUBATÉ
ELKIN ROBINSON
EL COMBO DE LAS ESTRELLAS

VIERNES 2

LA MÁQUINA INVISIBLE
MUNTCHAKO
VIVA SUECIA
TROKER
DE BRUCES A MI
VINILA VON BISMARCK
LA FUNK ORGANISATION

SÁBADO 3

LOS GOFIONES
F-31 QUINTETO
DURATIERRA
MÓNICA GIRALDO
BYRON SÁNCHEZ CUARTETO
ÉDA
34 PUÑALADAS
C4 TRÍO
YISSY GARCIA & BANDANCHA
MICHI SARMIENTO

DOMINGO 4

GROOVE 82
ALEJANDRO Y MARIA LAURA
CAMILA VACCARO
JORGE TORRES TRÍO
WAÑUKTA TONIC
MARIEL MARIEL
LAS MIGAS

UNA FERIA QUE SUENA EN CIRCULART 2018

FERIA DEL SECTOR MUSICAL Y CREATIVO EN LA BODEGA/COMFAMA
Experiencias, presentaciones, marcas, networking, plataformas digitales y más

VIERNES 2 A DOMINGO 4 DE NOVIEMBRE

CALLE 34 Nº 45A-18, PERPETUO SOCORRO

PARTICIPAN:

Ditto Music · Believe Digital · Sounds From Spain · CD Baby · Instituto Nacional de la Música INAMU (Argentina) · Merlín Producciones · Música Corriente · Audio Técnica · 4ESkuela · Escuela de audio y sonido de Colombia · Festival de la Imagen · Universidad de Caldas · Laboratorios de Producción Sonora LPS · IndeWall · Cantoalegre · EAFIT · Cámara de Comercio de Medellín · Espacios de grandes patrocinadores: Alcaldía de Medellín · Comfama

MÁS, EN WWW.CIRCULART.ORG

 Circulart  @circulartmc  @circulart_

APOYA:

Evento apoyado por el Ministerio de Cultura
Programa Nacional de Concertación Cultural

 GOBIERNO DE COLOMBIA  MINCULTURA

 PROCOLOMBIA

 COLOMBIA CO

 comfama

 Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

ORGANIZA:

 COLOMBIA

En el 2015 celebramos con Latina Stereo 30 años de salsa y sabor. Este año, la emisora cumple 33 años de ponernos a gozar a punta de timbal y bongó. ¡Larga vida a Latina!



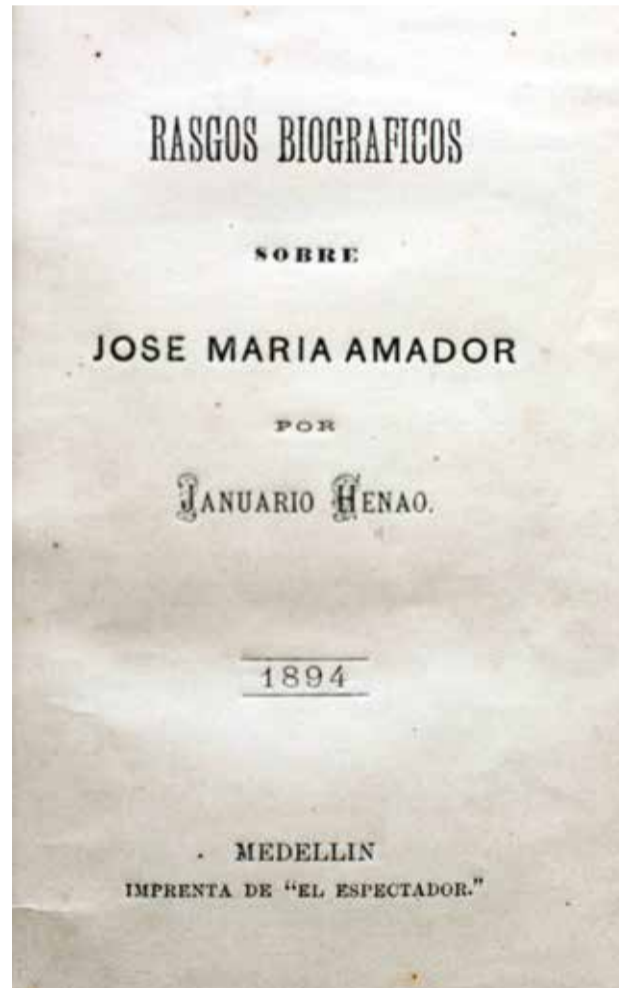
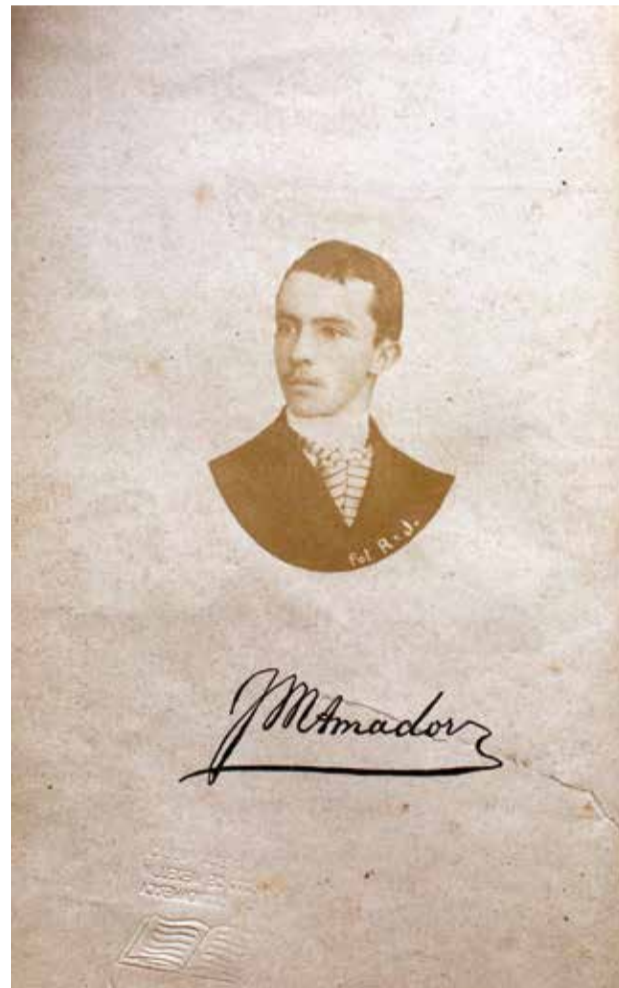
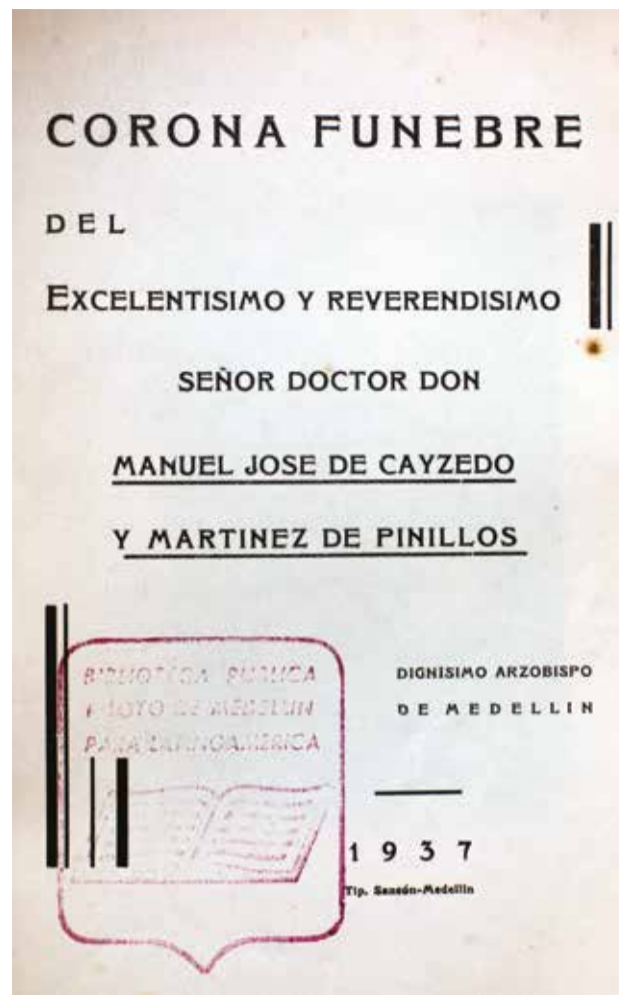
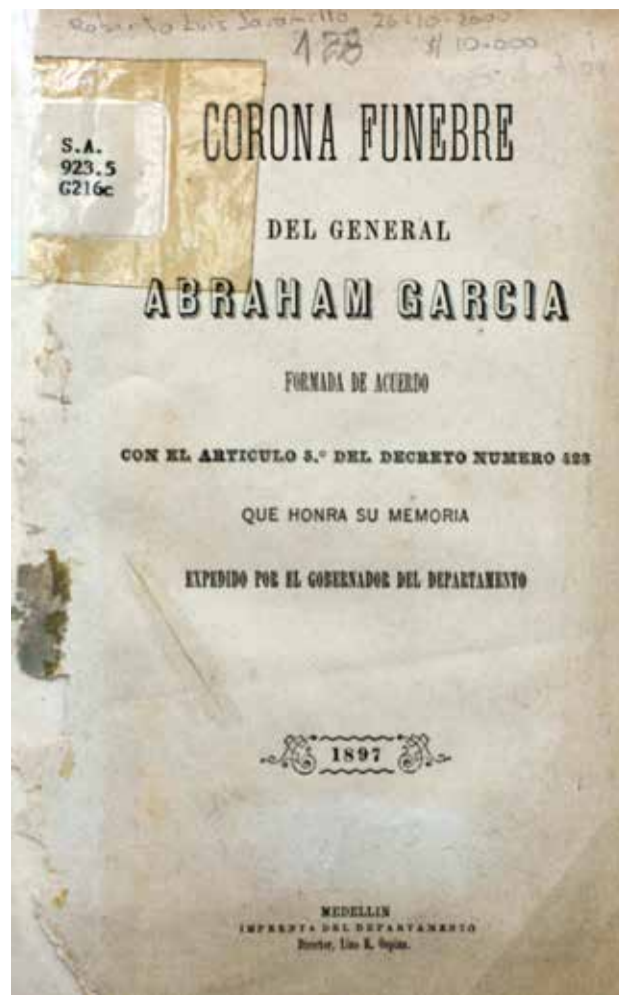
VÁMONOS PAL MONTE

por SILVIA CÓRDOBA

Ilustración: Elizabeth Builes

A Carlos Mario Franco le gusta la salsa desde que estudiaba en el Liceo Antioqueño de la Universidad de Antioquia, en los tiempos en los que empezó a salir al aire Latina Stereo. Por azares de la vida, él y otros de sus compañeros de estudio entraron a hacer parte del frente Oscar William Calvo del EPL. Entre 1986 y 1988 su radio de operaciones estaba en el suroeste antioqueño y el noroccidente de Risaralda y Caldas. Como guerrilleros en el monte debían siempre estar en silencio, vigilantes ante cualquier acción que pudiera revelar su presencia, sin embargo, había un lugar en el que ese silencio se interrumpía.

En el corregimiento de Santa Inés, del municipio de Andes, está la vereda de La Mesenia, donde se juntan varios caminos que unen a los tres departamentos, justo en la cima del cerro Pata'e gallina. Cuando había alguna acción armada o un operativo militar, los jefes enviaban allí a la tropa a replegarse. Ese escondite fue durante varios años el sitio en el que los combatientes tenían derecho a la nostalgia. Desde que sabían que iban para el cerro, sentían la ansiedad de llegar al único punto en el que se podía acoplar un cable de un árbol y crear una antena para que el radio escáner, con el que se comunicaban con los otros frentes, cambiara el sonido de la guerra y recibiera la señal del sonido de las palmeras. Mientras estaban allá, en el silencio de la selva, toda la tropa se veía obligada a escuchar Latina Stereo, eran los días de la dictadura de la salsa en las filas guerrilleras. ©



Coronas fúnebres

Entre las curiosidades editoriales que se encuentran en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto están varias rarezas denominadas *Coronas fúnebres*, publicadas desde finales del siglo XIX, famosas por el reconocimiento y exaltación *post mortem* ofrecido a poderosos, algunos intelectuales, obispos y militares. Estos pequeños libros se editaban tan instantáneamente que se asemejaban a una corona pomposa y fresca de laureles y crisantemos casi oportuna para colocar encima del féretro. Era una producción tan sospechosa y presta que bien parecía la edición especial de un periódico actual previo a la llegada del papa o en la antesala

de su edición número cien. Muerto en la mañana el hijo de Carlos Coroliano Amador, esa misma tarde aparecía en las librerías o se distribuía en las casas su respectiva *Corona fúnebre*. Muerto el arzobispo Manuel José Cayzedo, al otro día ya cada medellinense estaba leyendo sus logros y milagros. Igual con militares, caudillos y generales: arreglaban al muerto e inmediatamente la tinta corría en las tipografías. Sin duda, estas *Coronas*, colmadas de elogios, homenajes a la gloria y rasgos biográficos de grandeza, no eran más que una planeada estrategia para pulir la vida y obra de estos magnánimos prohombres.

El poder de la confianza, es lo más valioso que alguien nos puede dar.

Así fue como una escoba y toneladas de confianza, cambiaron nuestras vidas

Ángela Rico
Empresas Varias de Medellín

La Cooperativa de recicladores de Empresas Varias de Medellín es otra muestra de que cuando te dan la confianza, pasan cosas maravillosas.

www.confiar.coop |  | **cooperativizando para el bienestar**

confiar
COOPERATIVA FINANCIERA

Inauguración de la exposición

PIEDRA, PAPEL Y TIJERA

HORACIO MARINO RODRÍGUEZ MÁRQUEZ (1866-1931)

LOS ESPÍRITUS DE LAS FOTOGRAFÍAS

CENTRO DE ARTES
BIBLIOTECA LUIS ECHAVARRÍA VILLEGAS

Se pueden apreciar también otras salas en: Fundación Ferrocarril de Antioquia (Estación Medellín), Biblioteca Pública Piloto, Claustro Comfama, Paraninfo de la Universidad de Antioquia, Cementerio Museo San Pedro y Museo de Antioquia.

Alcaldía de Medellín **Cuenta con vos** | MUSEO DE ANTIOQUIA | **comfama** | UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA | **bpp** BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO | San Pedro CEMENTERIO MUSEO | **EAFIT** UNIVERSIDAD EAFIT | OROMOLIDO FUNDACIÓN

INFORMES
Extensión cultural
Juan David Isaza Casas
E-mail: juisaza@eafit.edu.co
Teléfono: (054) 2619500 Extensión: 9656

 Extensión Cultural EAFIT
 @culturaEAFIT

UNIVERSIDAD EAFIT
Acreditación Institucional
RENOVACIÓN
2018-2026
Resolución MEN 2158 de 2019

Inspira Crea Transforma | Vigilada Mineducación | www.eafit.edu.co

Sin duda una de las grandes películas del año, *Pájaros de verano*, esconde tras su poética belleza una colección de distorsiones sobre la bonanza marimbera que se exhiben como los orígenes del narcotráfico en Colombia.

La venganza guajira

por LINA BRITTO

“Venganza india” o “venganza guajira” llamaban en Riohacha y otras poblaciones de la península a una de las prácticas propias del declive de la bonanza de la marihuana. Agazapados en la penumbra de las noches cerradas de la Alta Guajira, grupos de hombres wayuus se dedicaban a la caza de aviones marimberos. Encendiendo mechones lograban atraer la atención de los despistados pilotos para que descendieran, luego les caían a bala hasta derribarlos y robarles los dólares que traían para pagar los cargamentos.

No sabemos cuántos traficantes gringos murieron bajo esta trampa. Lo que sí sabemos con certeza es que el pueblo wayuu estaba tan marginado de los frutos de la bonanza que solo con esta clase de engaños unos cuantos lograron beneficiarse de ella. Para el resto, las mayorías, el negocio de exportación de marihuana fue un huracán con ojo en el mundo *arijuna* (no wayuu), cuyos coletazos experimentaron unos pocos en trabajos menores como cargadores, vigilantes o guías.

Pero para los creadores de *Pájaros de verano*, película que se exhibe como la historia nunca contada de la

bonanza marimbera, la marginalidad de los wayuus durante este periodo y la venganza guajira a la que dio lugar resultaron irrelevantes.

De ser actores periféricos, escondidos en la oscuridad para arrebatarle migajas a los dueños del negocio, los wayuus pasan a ser figuras centrales en la ficción cinematográfica. Son ellos los pioneros de las conexiones para surtir la demanda, los que vislumbran el potencial, cultivan y cosechan la marihuana y controlan los procedimientos de comercialización y exportación. Son ellos los jefes de los ejércitos de costeños, paisas y cachacos, los socios de los gringos, los que se ahogan en dinero y lujos, los que ostentan en absurdas extravagancias, espejismos en medio de las dunas. Y son ellos los que se matan entre sí cuando se estrellan en contravía con los principios capitalistas y la feroz competencia para la acumulación.

Como un híbrido de tragedia griega, *jayeichi wayuu*, *spaguetti western* y *american gangster*, la obra filmada en celuloide de 35 milímetros es de una belleza tan cautivadora como cuestionable es la visión histórica que esconde detrás. La lista de distorsiones es larga.

En tiempos de feminismo de *hashtag*, *Pájaros de verano* hace de Úrsula Pushaina (Carmiña Martínez) la “madrina” del negocio, cuando es sabido de sobra que este era una actividad eminentemente masculina. Como bien me lo dijo un periodista riohachero que trabajó para la prensa local y nacional durante el auge, “la bonanza era puro cojón, cojón”. Por supuesto que las mujeres se vieron beneficiadas y afectadas, pero por ningún motivo fueron ellas las que tuvieron el liderazgo económico, o tomaron las decisiones de vida o muerte, muchísimo menos si eran wayuus.

Para enfatizar el carácter mestizo del otro personaje principal, Rapayet Abuchaibe Uliana (José Acosta), los realizadores optaron por un apellido de ascendencia turca que no tiene descendencia indígena, haciendo poco creíble su identidad. Son familias de origen ibérico, como los Iguarán y los González, quienes gozan de extensas redes de mestizaje con varios clanes. Y es justamente este mestizo, como esposo de Zaida Pushaina (Natalia Reyes), quien genera la guerra de exterminio que desarrolla el arco dramático, cuando las normas familiares y sociales dictan precisamente lo opuesto. El columnista Miguel Ángel Epeeyüi López-H no lo pudo haber dicho mejor hace unas semanas: “El marido de la hija no ordena a la familia de esta, mucho menos le traslada conflictos de sangre”.

En todo caso, ahí sigue la ficción retorciendo los “hechos reales” en los que dice basarse. A fin de preparar el terreno para la futura guerra entre clanes que traerá la historia a su trágico zenit, la película ubica una rama de la familia en los valles interiores de la Sierra Nevada de Santa Marta, en donde son ellos los que siembran y cosechan la hierba. Así, no solo falsea los límites del territorio wayuu, el cual nunca se ha extendido hasta el macizo montañoso, sino que también burla una verdad inequívoca: fueron los paisas y los cachacos quienes iniciaron el cultivo para la exportación y se convirtieron en los principales sembradores y cosecheros a lo largo de toda la década.

Para desatar el nudo y llevar la cinta a su final, los realizadores recrean un sistema de honor rígido, estático en su implementación, que los indígenas de la ficción aplican como camisa de fuerza. Pero nada hay de arcaico en el mundo político wayuu, menos, de ilógico. Tan efectiva es su justicia —la Unesco la reconoció como Patrimonio Cultural Intangible de la Humanidad en 2010— que las únicas guerras de familia que sucedieron en La Guajira durante la

bonanza tuvieron lugar entre la población criolla, como se reconocen los *arijunas* en el argot local.

La famosa *vendetta* entre los Cárdenas y los Valdeblánquez, de Dibulla, es el ejemplo más estudiado. Menos conocida a nivel nacional fue la guerra entre los Pinto y los Gómez, provenientes de varios corregimientos de Riohacha, y cuya figura más visible fue el marimbero que inspiró el vallenato que el Moncho (Jhon Narváez) canta a todo pulmón en la escena de la parranda. Ambos conflictos fueron producto de la amalgama cultural propia entre la población criolla, la cual ha tomado algunos rasgos del mundo wayuu de manera descontextualizada, sin recurso a las instituciones que los rigen y sin palabreros que hagan la mediación, los *arijunas* quedan expuestos a la ley del más fuerte.

Una vez más, estos hechos reales resultaron tan insignificantes que el desenlace es resultado de algo inédito, el asesinato de un palabrero. La muerte de Peregrino (Vicente Cotes, el único actor wayuu entre los protagonistas) y la visita de los mayores de todos los clanes a la rancharía de los Pushaina para decidir cómo resolver su homicidio son tan inverosímiles que solo podrían ocurrir si se rompiera un tabú. La memoria histórica wayuu, que los mismos palabreros conservan como parte de la jurisprudencia, no ha registrado nunca la muerte violenta de uno de ellos en medio de una negociación. Ni siquiera cuando guerrilla y paramilitares los involucraron en varios casos.

Pero dándole crédito a la ficción, supongamos que sucede, “los que tenían que reunirse para resolverlo eran los clanes del palabrero”, me dice un *pütchipüu* (palabrero) de la Media Guajira, quien es permanentemente consultado por diferentes instancias del Estado, incluida la Fiscalía General, en casos que involucran a miembros de su pueblo. Bajo ningún motivo todos los mayores se harían presentes, como lo muestra la película. “Gozamos de autonomía”, agrega, los clanes no pueden opinar, decidir o intervenir en problemas de otros, “sería una intromisión inadmisibles”, tan grave como el asesinato mismo.

Ni los gringos se salvaron. Una vez más los Cuerpos de Paz aparecen como incitadores del negocio, cuando esta versión tiene más de mito que de realidad. Pero ahí están tres aventureros con sus consignas anticomunistas buscando marihuana en la Alta Guajira a finales de los sesenta, permitiéndole a Rapayet y Moncho establecer la conexión. En esa época, ni gringos ni marimba circulaban allí. Ni siquiera durante los años del



Fotograma de la película *Pájaros de verano*.

auge a mediados de los setenta la Alta Guajira fue zona marimbera. Toda la actividad se concentró en el mundo *arijuna* de la parte media y baja cerca de la Sierra Nevada y el Perijá, en los puertos naturales alrededor de Riohacha y en las bahías aledañas a Santa Marta.

Hasta la cultura jipi se recrea como caricatura con una fiesta de pelos largos y tetas al aire volando alto en Santa Marta Gold en medio de una playa desierta en Palomino, cuando no hubo comuna jipi a finales de los sesenta, menos al norte del arrecife de Los Muchachitos, a donde no llegaba la Troncal del Caribe, y la Santa Marta Gold ni existía, se creó y popularizó años después.

A estas desafinadas decisiones creativas que hacen a *Pájaros de verano* inverosímil para los ojos informados se suma el precario entrenamiento en wayuunaiki que los actores profesionales recibieron antes del rodaje y que hace la cinta disonante para los oídos de los hablantes de la lengua. Escritos originalmente en español, los diálogos fluyen atropelladamente, incorrectamente traducidos y mal pronunciados. El mismo *pütchipüu* que se desencantó con el final salió tan aturdido de la sala de cine que me dijo con impaciencia: “Me provoca demandarlos”.

Cualquiera podrá ver en esta lista señales de licencia artística, ese paz y salvo que creadores originales tienen para hacer ficción de la realidad en nombre del entretenimiento colectivo o la libre expresión individual. Al fin y al cabo, la película no es un documental, sino una metáfora de la tragedia que el narcotráfico ha significado para nuestra vida social, la desintegración de los vínculos de solidaridad, el exterminio

de los valores. Y sí, claro que los realizadores de *Pájaros de verano* tienen licencia para hacer metáforas de nuestra historia común, pero eso no quiere decir que lo hagan exentos de un precio para la obra misma y unas implicaciones para sus espectadores.

Y el precio es doble. Por un lado, es una película inaudita para conocedores, hermosa en su forma, fascinante en su simbolismo, poco creíble en su contenido. Por otro, al transferir la agencia histórica de un fenómeno tan central y problemático como el narcotráfico a un pueblo indígena que poco tuvo que ver en él, la película desinforma y maleduca a las audiencias que asumen los supuestos “hechos reales” como veraces.

En un país donde todavía debatimos si la culpa del narcotráfico es de nosotros o de los gringos y sus insaciables narices, en donde retorcer el pasado para justificar el reguero de muertos que vamos dejando de una generación a otra es deporte nacional, lo que revela la licencia artística que los creadores de *Pájaros de verano* se tomaron para falsear las causas, protagonistas, consecuencias y escenarios de la historia es la precaria conciencia que tenemos los colombianos sobre nuestro pasado vivo.

Con más de veinte años sin una cátedra de historia en el péñum en los colegios, nuestro conocimiento sobre la experiencia de vida de generaciones anteriores se limita a héroes a caballo y fechas sin significado afectivo o social. Y como no hemos podido desarrollar una sensibilidad hacia las historias que conforman el tejido de lo que somos, para descubrirlas como bienes comunes, patrimonios colectivos y capitales

sociales para conocer, debatir, confrontar, explorar y salvaguardar, nos hemos dedicado a tratarlas como materias primas, insumos para tomar, descartar y manipular de acuerdo con intereses particulares, sean políticos, económicos o artísticos.

La misma directora y productora Cristina Gallego así lo reveló desprevenida en un programa radial días después del estreno. Gallego reconoció que la bonanza había sido un fenómeno ajeno a ellos, sin embargo, “los wayuus tienen unos códigos de comportamiento que los hacen más interesantes y lo que queríamos era contar la transformación de una sociedad tradicional y si lo abríamos a todos los *arijunas*, pues no nos lo permitía hacer”. Es decir, la geografía, la historia y la cultura wayuus fueron coloridas locaciones y exuberantes dispositivos narrativos con los cuales inyectarle exotismo a lo que de otro modo sería una simple película gánster de clanes, honor y venganza.

A juzgar por los créditos finales, la investigación para el guion se concentró justamente en los rasgos culturales wayuus con la asesoría de un reconocido antropólogo. En cuanto a la bonanza misma, los creadores recurrieron a unas cuantas anécdotas, chismes y chistes contados por uno de sus actores y su esposa, ambos originarios de El Molino, al sur del departamento, y quienes vivieron la época.

Si la ambición era hacer una película histórica de narcos que fuera diferente a todo lo que hemos visto, era indispensable llevar a cabo una investigación igualmente ambiciosa y darle un tratamiento tan sofisticado y delicado como

el que se le dio a los aspectos técnicos y visuales. Pero los realizadores optaron por el camino más facilista y trillado, wayuunizar la trama. Ayudados por los estereotipos culturales prevalentes en el país, *Pájaros de verano* le apuesta a lo de siempre, una Guajira que solo es legible en clave wayuu, cuando lo verdaderamente interesante de la bonanza marimbera es lo *arijuna*.

Fue la sociedad criolla de La Guajira y el viejo Gran Magdalena, en pleno proceso de modernización y urbanización, la que logró conectar viejas tradiciones de contrabando con patrones para la siembra a gran escala desarrollados en bonanzas anteriores, como la del banano y el algodón. De este modo, se establecieron una serie de conexiones laborales y comerciales intensas y rentables entre sus distintas clases sociales, entre ellos y los campesinos paisas y cachacos desplazados del interior del país que cultivaron el producto, y entre todos estos y los jóvenes gringos que desde los Estados Unidos llegaron para comprarlo.

Preocupados con lo “tradicional”, los creadores de *Pájaros de verano* se perdieron de lo “moderno” en esta historia. Por eso, más que revelarnos los orígenes del narcotráfico en el país lo que nos muestra la película es la incapacidad de la Colombia *arijuna* para imaginarse y representarse a sí misma sin instrumentalizar a un “otro” supuestamente primitivo y exótico para que la refleje. Y cargada con el peso de nuestras limitaciones, en busca de un realismo histórico que anuncia, pero retuerce, *Pájaros de verano* es atacada en pleno vuelo por la ráfaga de sus propios desaciertos y argucias, cual venganza guajira. ☹



**CURSOS BARISTA
Y APERTURA TIENDA CAFÉ**
Info: whatsapp 316 6681182 - maxicafeimedellin@gmail.com



Conversación con un fagotista esotérico

por FEDERICO ARTEAGA C.

Ilustración: Manuel Celis Vivas



Arturo Giraldo era un enigma para mí incluso antes de que alguien ofreciera pagarme para entrevistarlo. Lo conocía de nuestra pequeña ciudad y siempre me maravillaron sus muchos talentos aunque ninguno prometiera un florido futuro financiero.

Cuando abrió la puerta de su apartamento tenía en sus brazos un gato multicolor y en su frente la cicatriz resultante de la presentación de su primer libro.

La cicatriz había sido una herida abierta la noche cuando leyó apartes de *¿Por qué gritaban los lobos?*, su polémica ficción hagiológica sobre San Francisco de Asís titulada "Animalismo, zoofilia y sus estigmas". En medio del silencio absorto y algo asqueado del público mientras Arturo describía, con un sorprendente conocimiento de la anatomía animal, cómo aprovechaba el santo el éxtasis de los lobos después de su prédica, nadie se percató de la entrada de un pequeño pelotón de humildes franciscanos en sayos café, armados con piedras que pronto llovieron sobre la mesa desde donde Arturo presentaba su libro.

Meses después supe que los religiosos habían recibido una llamada anónima del editor de Arturo con el fin de convertir el lanzamiento del libro en un lanzamiento de piedras; además de añadir algo de acción a las aburridas veladas literarias de la ciudad, ayudó a conseguir prensa gratis cuando los noticieros tuvieron que explicar por qué siete monjes franciscanos habían tenido que ser sometidos y arrestados en una lujosa librería del Centro de la ciudad.

Durante el coctel que siguió a la lectura, la mayoría de los asistentes recogieron las piedras de los franciscanos para guardarlas como suvenires de una noche inolvidable. Arturo, según reportes de alguien que lo acompañó en la ambulancia, manifestó complacido que el lanzamiento no podía haber salido mejor. Estoy de acuerdo, ocho puntos sobre la ceja izquierda hablan de un muy buen lanzamiento.

—Se llama Gluten —me dijo Arturo Giraldo misteriosamente levantando su gato hasta la altura de mis ojos—, es adoptado.

Cerró la puerta sin soltar a Gluten. En una esquina de la sala estaban los chicos con los que había revolucionado la práctica del yoga en algunos pueblos del sur. En la otra esquina estaba su fagot, instrumento indispensable para la creación de su nueva novela *La resiliencia de la saudade*. Encendí mi grabadora y me senté a esperarlo.

De la cocina salieron sonidos de machetazos sobre el poyo, volaron plumas por la puerta, y vi la

refulgencia de unas cuantas llamaradas lamer el techo. Finalmente emergió con dos tazas de té, una para cada uno. Gluten se paseaba entre nuestras piernas de forma felina, tal como se esperaría de un gato.

—Es té de rooibos. Los rooibos son africanos pero el nombre rooibos es griego. El té de rooibos es bueno para el eczema. ¿Tienes eczema?

Negué con la cabeza.

—El té de rooibos es bueno para el eczema. Para el asma también es bueno el té de rooibos. Yo era alérgico a los rooibos pero el té de rooibos me curó la alergia a los rooibos. También está libre de taninos el té de rooibos. ¿Te gustan los taninos?

Ignoré con la cabeza.

—Me encantan los taninos pero son dañinos los taninos. Los vinos tienen taninos. Es mejor evitar los taninos. Tomemos té de rooibos.

Tomamos té de rooibos.

Le pregunté por *La resiliencia de la saudade*. Me contó que el lanzamiento oficial estaba programado para el siguiente mes pero su editorial ya vaticinaba que el libro rompería récords de *tsundoku* en varios países.

—¿*Tsundoku*? —pregunté confundido y con letra inclinada.

—¿Sabes qué es *tsundoku*? —inquirió saboreando sus rooibos.

—Creo que es un juego de números que aparece en los periódicos.

—*Tsundoku* es un término japonés para la acumulación de libros sin leerlos, solo por el placer de tenerlos. *La resiliencia de la saudade* es un libro de *tsundoku*.

Le pedí a Arturo Giraldo que me hablara un poco más del libro.

—Hay alegría en la tristeza, ¿no? —asentí para que continuara—. Hay persistencia en la tristeza, ¿no? Entonces hay persistencia en la alegría de la tristeza y tristeza en su persistencia. Me he acercado a este ouroboros de sentimientos a través de un *alter ego* que he desarrollado en mis clases magistrales en la universidad, un fagotista esotérico enamorado de una feminista cabeza de familia disfuncional, circadiana, tautológica.

Lo miré como un perro que ha escuchado un sonido nuevo. Me ignoré.

—La ortografía en *La resiliencia de la saudade* es transversalista. Si hay demasiadas bes largas en un renglón, el siguiente tiene un número equivalente de ves pequeñas para compensar el peso del diseño distributivo de cada página. ¿Más té de rooibos?

Arturo había terminado su bebida en tanto mi bebedizo estaba casi intacto. Levantó el gato y lo acunó en sus brazos mirándolo con amor.

—Tiene ilustraciones.

—¿El gato? —pregunté dispuesto a creerlo.

—Gluten tiene cataratas. El libro tiene ilustraciones. Las hizo Vagia, la artista que se descubrió a sí misma el día de su menarquia. Es la Jackson Pollock de la sangre menstrual. Vagia vive con su madre. En sus ilustraciones para el libro *Vagia* ha usado el principio del Test de Rorschach, invertido para mayor resignificación. La tinta no se atiene al doblez del papel para revelarse sino que es el papel el que se somete a la fuente del pigmento para adquirir vida. Gluten tiene popó.

Me demoré un par de segundos dividiendo las porciones de su discurso. Cuando lo hice, Arturo se había llevado el gato a la cocina y lo había dejado en su caja de arena. Volvió sin Gluten.

—Siento que en una vida pasada fui celíaco. Por eso en este ciclo kármico no consumo derivados del trigo pero he llamado a mi gato Gluten para familiarizarme y aprender a amar mis miedos. No acabaste tu té de rooibos. Ahora vete, debo ensayar la respiración continua en el fagot y purgar a Gluten. Adiós.

Caí en cuenta de que me había despedido cuando cerró la puerta y me dejó en el corredor. Empecé a bajar las escaleras.

El gran Arturo Giraldo había encontrado un mundo de significantes y significados que en nada me hablaban del talentoso muchacho de nuestra ciudad, pero seguramente era yo quien carecía del talento para entenderlo. Tal vez necesitaba tomar más té de rooibos.

Cuando salí del edificio me giré para tomar una foto de su ventana empañada por sus ejercicios de respiración y poder usarla como acompañante de mi artículo. Entonces tembló el andén en el que estaba parado y una humareda disparada a presión desde todos los vértices donde el andén se volvía edificio empezó a retumbar con el sonido de una turbina que no podía ver. Lentamente el edificio fue despegando; para cuando yo había cruzado la calle tapándome la boca y entornando los ojos, ya se había levantado por encima del resto de la cuadra.

El edificio aceleró y se fue oblicuamente por sobre las montañas dejando una estela de combustible quemado. Yo volví a mi casa que no vuela y me puse a ordenar estas notas acerca del próximo éxito del *tsundoku*, *La resiliencia de la saudade*, de Arturo Giraldo. ©

En tu **Éxito**
todos los días

ahorras

¡No solo los miércoles!

Disfrutando +de 1000 productos a precio insuperable, los +baratos del mercado.

¡Garantizado! o te devolvemos el doble de la diferencia.

para servirte

exito.com

018000 428800

Mi primera mujer

A quienes me conocen y saben de mi larga y estable vida conyugal les sorprenderá saber que, mucho antes de que Nancy llegara a mi vida, estuve casado con otra mujer. Se llamaba Ana María. Sin embargo, me apresuro a advertir que estuvimos juntos solo el tiempo exacto que duró la ceremonia, al término de la cual nos separamos por tácito acuerdo, sin consumir nuestro matrimonio. Afortunadamente fue de ese modo, sin duda: ambos teníamos, me parece, cinco o seis años. Éramos vecinos de la calle 29 en el barrio Belén La Palma.

La idea del enlace la tuvo mi hermana mayor, Martha, en convivencia con su tocaya Martha Lilibiana, hermana de Ana María. Ellas tenían nueve o diez años, esto es, una edad en que los sueños conyugales son de lo más normal. Una antropóloga que conozco sostiene la tesis de que las niñas se enamoran desde los siete años, de lo cual viene a resultar que, cuando alcanzan los nueve, ya están curtidadas en el ejercicio de los afectos, y quien sabe si no habrán arribado a la fase de las fantasías perversas. No conozco a ningún teórico del amor masculino, pero de acuerdo con mi propia experiencia —que incluye la juvenil biografía de mi hijo menor—, nosotros abrimos el corazón a los doce años, más o menos. Todo esto significa que, a la edad en que Ana María y yo contrajimos matrimonio, la relación sentimental con el otro género es no solo impensable sino, a todas luces, una idea monstruosa.

Ajenas a los anuarios de investigación en psicología infantil, las Marthas aprovecharon su fuero de hermanas mayores para obligarnos a materializar un delirio matrimonial para el que —vaya a saberse por qué— no escogieron como actores a la frívola Barbie y al pelmazo de Ken, su novio de polietileno. Convencieron a Pipe, un mocetón que vivía junto a mi casa, para que hiciera las veces de sacerdote, y acabaron de persuadir a Ana María —quien, razonablemente, no estaba muy segura de sumarse a la bufonada— cuando le pusieron frente a sus narices un plato con zanahoria picada y adobada con sal y limón. A mí, pusilánime como era por aquel tiempo, no hubo necesidad de sobornarme, y ni siquiera de forzarme: me plegué a los designios de mi hermana sin abrir la boca; apenas recuerdo que, mientras avanzaban los preparativos de la boda —nuestro garaje sin carro fue acondicionado como templo—, me acurrucé junto a mi madre, a quien veía coser en su Singer mientras la angustia me roía el corazón. No sé cuánto tiempo pasó hasta que mi hermana fue por mí y me condujo hasta el garaje, pero sí estoy seguro de que la experiencia fue tan tenebrosa como la de los reos que son sacados de su celda y llevados al cuarto de la silla eléctrica.

Los dedos me pesan mientras digito estas palabras: tanto me cuesta recordar aquel episodio vergonzoso. Ana María, parada junto a la puerta exterior

del garaje, estaba ligeramente maquillada y con una franja de tela blanca en la cabeza, en la cual sobresalían sus cachetes saludables y un par de mechones de pelo negro; otros niños de la cuadra estaban adentro, sentados en el suelo, y Pipe, con una sábana sobre las espaldas y una Biblia escolar entre las manos, se había acomodado a un lado de la puerta interior. Mi hermana me llevó hasta la mitad del recinto, y Ana María, azuzada por Martha Lilibiana, caminó hacia mí mientras los demás niños tarareaban la marcha nupcial de Richard Wagner. Nos pusieron frente a Pipe, quien nos trató de “hijos” y, con aparatosa unción, fue pronunciando las frases y preguntas que creyó de rigor. No recuerdo qué contestamos a sus requerimientos, aunque supongo que, como autómatas, nos

dimos el sí. Solo sé que no hubo beso y que, cuando todo terminó, caminamos hasta la salida del garaje para sumirnos en una lluvia de arroz Marfil que se precipitaba desde las manos sucias de los concurrentes. Apenas escampó, Ana María huyó como un conejo y yo regresé al cuarto de costura, lleno de un sentimiento que era, al mismo tiempo, de bochorno y alivio.

El matrimonio tuvo efectos inmediatos y nefastos: mi mujer, a quien apenas vi de cerca un par de veces en los años que siguieron, me cobró una ojeriza furibunda. Pero yo tampoco podía sufrirla: me bastaba verla a la distancia —por ejemplo, saliendo de su casa para ir al colegio— para que algo así como una mixtura de repugnancia y pavor me tensara los músculos. Está bien

que por entonces yo era un niño tímido y que, como dije, no tenía ningún interés por las niñas; pero aquella ceremonia aberrante formalizó, para siempre, el extrañamiento entre Ana María y yo, de modo que, cuando ya hubiera sido normal que nos tratáramos con el desenfado de los vecinos contemporáneos, éramos incapaces de sostenernos la mirada y preferíamos hacer como si el otro no existiera. Ella era la única niña de mi edad que había en la cuadra: ambos habíamos nacido en 1974, yo con siete meses de delantera, y muy posiblemente estábamos llamados a ser buenos amigos; ella, de acuerdo con la tendencia social, conseguiría alguna vez un novio mayor que yo en uno o dos años, mientras que a mí me correspondería —supongo— ser algo así como un

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustración: Sr OK

compinche natural, quién sabe si un confidente fiable de sus cuitas sentimentales. Pero nuestro matrimonio precoz había arruinado todo eso. Las Marthas jamás calcularon las consecuencias de su perverso juego de muñecas.

Dos o tres años después del matrimonio coincidimos en la sala de la casa de Francisco, uno de los pocos vecinos que tenía Betamax, y sobre todo, licencia para ver las películas que le vinieran en gana. Me parece que fuimos allí a ver la primera versión de *Tiburón*, aunque no descarto que se hubiera tratado de *Aeropuerto 80*; con Martha y Mono —mi otro hermano— nos acomodamos en un amplio sofá, al que también fueron a dar Martha Lilibiana y Ana María, mientras que el anfitrión se sentó en el suelo. El diablo, que siempre sabe lo que hace, quiso que Ana María quedara sentada junto a mí. Pues bien, en algún momento en que estábamos embebidos con el filme —o por lo menos yo lo estaba—, mi mujer se volteó hacia donde estaba su hermana y dijo con voz indignada:

—¡Díganle que deje de hacer ese ruido!

Inmediatamente explicó que yo, de modo obsesivo, me había entregado a producir un sonido desapacible con la lengua y los dientes, y que en consecuencia le era imposible concentrarse en la película. Martha me regañó de modo enérgico, y lo hizo las dos veces siguientes en que Ana María volvió a interrumpir el espectáculo cinematográfico para formular la misma queja. Jamás supe qué ruido era ese que yo emitía, pero creo que el tal, si verdaderamente se produjo, debió ser una contorsión inconcebible de mis vísceras; porque estoy seguro de que, una vez Ana María presentó la primera acusación, me concentré en no mover ninguno de los músculos de la cara; hasta diría que no respiré si el mismo hecho de estar, ahora, zurciendo esta historia, no fuera la prueba palmaria de que tuve que hacerlo de alguna manera. No sé cuánto duró aquello, pero fue terrible, y supongo que por tener que poner toda mi atención en vigilarme a mí mismo —y, por supuesto, también a ella— fue que me desentendí de la película al punto de no poder recordar cuál era exactamente; incluso me parece que pudo haber sido *Hormigas*. Difícilmente podría imaginarse una escena que represente, mejor que aquella, la vida cotidiana de un matrimonio avinagrado.

Volvimos a encontrarnos dos décadas después, poco más o poco menos, esta vez en la casa de Pipe. Su padre, don José, agonizaba, y como él había sido el héroe civilizador del barrio y el ídolo de nuestra infancia —tenía un Willys tan destartado como legendario—, todos los vecinos nos turnamos para pasar junto a su cama y despedirnos. A la sazón, yo ya me había casado con Nancy y nuestra primera hija, Laura, tenía cuatro o cinco meses. Mi visita al enfermo coincidió con la de Ana María. Escasamente nos saludamos —me parece que yo lo hice y ella no, o puede ser que así lo recuerde nada más que por ánimo revanchista—, y cualquier contacto ontológico o circulación de ideas que se hubiera dado entre nosotros solo pudo tener lugar por intermedio de Lorena, una de las hermanas mayores de Pipe. Pero a diferencia de lo que había pasado en el sofá de Francisco, durante aquella visita no parecimos dos consortes amargados: a lo que nos asemejábamos en la casa del moribundo era a una pareja divorciada. Pero la eclosión de la situación no paró ahí.

No hace mucho fui a visitar a mi madre y, al salir, tomé calle arriba con dirección a la Avenida Ochenta. Cuando casi llegaba a la primera esquina tuve la sensación borrosa de que alguien se aparcaba del otro lado de la calle, a mi izquierda, y abría una portezuela. Apenas vine a tomar total conciencia de ese hecho cuando había avanzado unos diez metros, así que tuve que girar la cabeza hacia atrás para ver a Ana María subiéndome por la rampa que conduce a la puerta-reja de su casa. Había pasado junto a ella sin distinguirla o, más exactamente, sin siquiera interesarme por ver de quién se trataba, y estuve seguro de que a ella le había sucedido otro tanto. Así pues, nos habíamos convertido en desconocidos. Se me ocurrió pensar, mientras reanudaba el paso, que, situados de nuevo en el punto cero de la cercanía social, podíamos intentar ser amigos. Pero no había acabado de redondear esa idea en mi cabeza cuando otra, pesada, cayó encima y la sofocó: ya teníamos 44 años. Muy tarde para intentar cualquier acercamiento; sobre todo, para intentar ser el confidente de una mujer que había optado filosóficamente por la soltería. ☺



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

PELUCAS DESEMPOLVADAS

Por estas tierras, las gentes suelen mirar con indiferencia, suspicacia e incluso desdén cuanto toca con la Academia Colombiana de la Lengua. Sin duda es una actitud injusta (más de un nombre respetable la avala), pero tendemos a sentir en esa institución un tuflido a naftalina cultural, a cosa apollillada o estratificada, a “peluca empolvada”. Ejemplifican ese sentir las declaraciones de un ilustre escriba antioqueño, quien, al aceptar públicamente la invitación a engrosar sus filas, parecía estarse justificando, como si temiera desilusionar con aquello a su fiel ejército de fans.

Otro es el caso de ciertas academias similares. La RAE eligió alguna vez como miembro a don Antonio Machado, si bien la guerra civil impidió su ingreso. Entró, en cambio, y muy complacido por su nombramiento, don Pío Baroja, insigne cascarrabias de la lengua; no conozco el discurso del vasco, pero sí el de Machado, escrito en la mejor prosa de Mairena, y, si no recuerdo mal, más en aire jacobino que estrictamente literario; pero guerra es guerra. Otro acierto de esa academia madre fue la inclusión de Fernando Fernán Gómez, a quien no impidió el cine ejercer como gran novelista, memorialista y dramaturgo. Por lo demás, sorprende ver allí sentado a Mario Vargas Llosa, tan lejos de sus pagos.

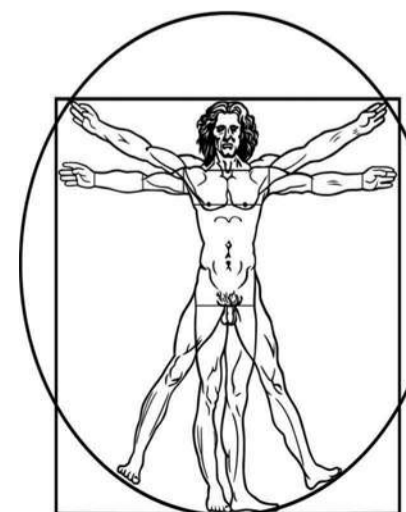
En cuanto a la francesa, la de los cuarenta Inmortales, resulta ser (siglo XVII) la más antigua de su especie; es también una de las más acatadas y respetadas (y quizás la de más amplio criterio: en los años cincuenta acogió al cineasta René Clair, basada apenas, piensa uno, en la calidad de sus guiones cinematográficos). Noticia mundial fue la inclusión en esa docta sala del nombre de Marguerite Yourcenar, como si representara, más que un obvio reconocimiento, un espaldarazo definitivo. Y lo fue, podría decirse, pues es ella —1980— la primera mujer que pisó esos salones.

Queda para el final la Academia Brasileña: nació grande (su primer presidente fue Machado de Assis), y lo siguió siendo. De la importancia que dan a este sírial los escritores de ese país habla por sí solo, lector, lo que voy a narrar: en 1976 fue nombrado académico de dicha feligresía João Guimarães Rosa, tal vez, por entonces, el mayor y más celebrado escritor brasileño vivo. Rosa, no obstante, veía en aquella promoción un honor supremo. Médico como era, sabía bien el precario estado de su corazón, y convino con su hija Vilma un sistema discreto de signos que habrían de indicarle, durante su curso de posesión, si algo andaba mal; nada sucedió, y el acto terminó sin tropiezos. Tres días después, al entrar alguien al despacho del escritor, lo encontró muerto, desmayado sobre su mesa de trabajo. Ser académico le costó la vida, o, en fin, apresuró su muerte.

En su discurso de esa noche (elogio y homenaje a su antecesor, João Neves), Rosa, sin saberlo (o tal vez sí), había escrito su epitafio: “Las personas no mueren. Quedan encantadas”.

CODA

De Andrés Trapiello, en *Mundo es*: “No mediando desgracia, todos los aterrizajes son felicísimos (...) El avión descendía con tanta lentitud que permitía observar con detalle lo que sucedía allí abajo, y hubiéramos podido decir de qué estaban hechos los bocadillos que se estaban comiendo los estibadores”. También este cronista piensa que ese momento está lleno de magia. Una magia que proviene no solo del hecho de estarte avisando que sigues vivo. ☺

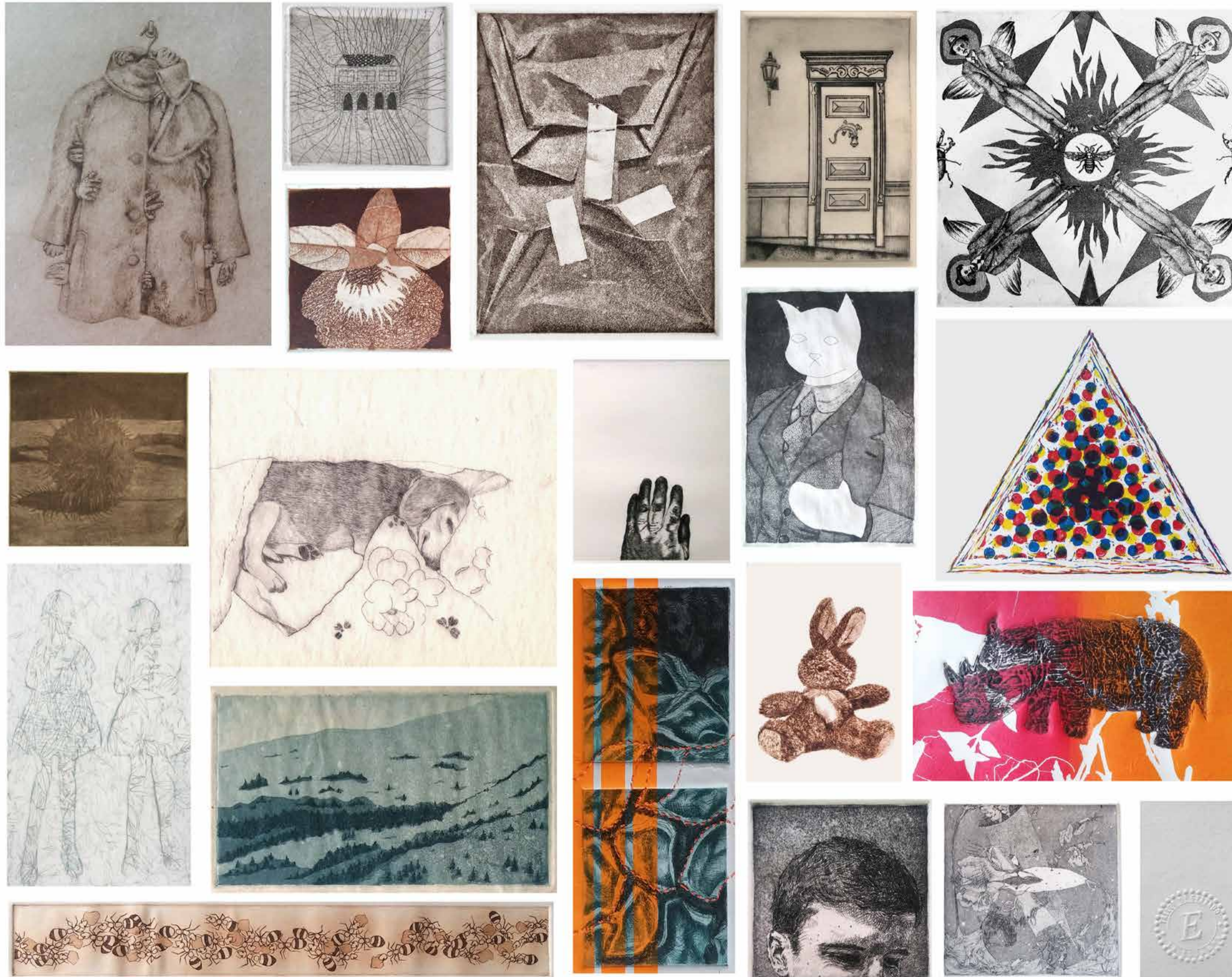


VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vaguadelo@hotmail.com



Taller de Grabado La Estampa.

Obra gráfica realizada entre 2013 y 2018 de Ana Fernández, Juan Guillermo Ordóñez, Hilda Piedrahita, Pablo Guzmán, Raquel Hoyos, Male Correa, Jorge Rodríguez, Andrea Suwald, Laura Montoya, Señor Ok, Titi Berrío, Marta Lucía de Bedout, Ana Isabel Díez, Pilar Posada, Susana Santamaría, Ángela María Restrepo, Catalina Salazar, Tomás Díaz, Leidy Cadavid.

Cine sin pantalla

por JUAN GUILLERMO VALDERRAMA SANTAMARÍA

Ilustración: Elizabeth Builes

Hay que levantar la vida a fuerza de sábados, a punta de sábados, de sábados maduros y futuros, de sábados con cresta y alegría, de sábados con olas y con hilos, con cohetes y papagayos.
Ciro Mendía

Dice **Ciro Mendía**, en su bello poema dedicado al día más luminoso de la semana, que se deberían "Borrar todos los días y hacer del almanaque un sábado grande, abierto, largo, largo, que el sábado es la almendra bisesta y porque la semana está llena de espantapájaros". Y yo lo apoyo en cada uno de sus versos, con cada uno de mis sábados vividos y venideros, excepto dos, y por ellos le pido disculpas: el primero es el de la madrugada del 20 de agosto de 1983, recién estrenaba mi cédula de ciudadanía. El otro, igual de madrugada, un par de años después, cuando un amigo de cuadra, que extravió su camino, mató a cuatro de nosotros; y digo de nosotros, porque a mí también me mató. Pero hoy solo nos ocuparemos del primero, no quiero ser aguafiestas, dañar la magia, ni mucho menos la *Fantasia para un sábado sin límites* del maestro Mendía. Además, el papel ya está cansado de tanto cadáver y mi mano, de ser testigo de tanta barbarie. Un muerto por crónica es más que suficiente. ¡Maldita sea!

Eran las tres de la tarde de un viernes. Pecora, Urraca, la Gallina, Coco, Tembleque, Tripillo, Víctor y yo marchábamos calle arriba, rumbo al teatro Palermo a ver la película de turno. Hacía unos años se había convertido en un ritual de fin de semana. Nos metíamos a la oscuridad del teatro a disfrutar del séptimo arte y de la marihuana, a carcajearnos por las explosiones de sus semillas con ínfulas de ser crispetas, a ser hipnotizados por el incandescente letrero de EXIT que nos distraía desde la luneta. Adentro nos escapábamos de los dedos índices que señalaban y disparaban sin reparo alguno, y de las escrutadoras miradas de familiares y vecinos que auscultaban nuestros ojos tratando de encontrar tan solo un rastro de cannabis, pero nunca lo encontraban, ya conocíamos los poderes restauradores y mágicos del Luz Zul y la Visina. No pasábamos de los veinte años. Unos ya ostentaban el cartón de bachiller y se dedicaban a la vagancia por no haber obtenido un cupo para la universidad, otros aún trataban de terminarlo, y el resto abandonamos las aulas por un sinfín de dificultades que no vienen al caso.

Ese día, como tantos otros, casi siempre viernes, nuestros vidriosos y mansos ojos, ávidos de nuevas aventuras, interactuaban en la pantalla, esta vez con Bruce Lee, en *El gran jefe*. Era la primera de un ciclo de cinco cintas del Pequeño Fénix que pasarían cada mes en el teatro hasta finalizar el año.

Y justamente cuando Lee, en medio de cincuenta rufianes, todos armados con chacos, catanas, cuchillos, varas de bambú, arcos y bastones, se abría paso derrumbándolos a todos, con manos y pies, volando por los aires cual hélice sin eje ni guía, sin previo aviso, encendieron las luminarias del teatro. La muchedumbre comenzó a lanzar improperios contra el operador. Lo único que quedó con algún tinte de tinieblas fue la paranoia y el humo de la marihuana y el cigarro que danzantes bailaban por encima de nuestras cabezas coronándolas con aureolas grises; detrás irrumpió el grito que ninguno de nosotros quería escuchar a esa tierna edad:

"Todos hacen una filita en el pasillo del medio y le van mostrando sus papeles al cabo y los lanzas que se encuentran en la portería. No lo digo sino una vez: cédula y libreta militar en mano. Este es el glorioso Ejército Nacional de la República de Colombia, caterva de vagos, marihuaneros. Y, ¡ajá!"

El telón continuaba proyectando la película, antes tecnicolor y ahora translúcida. Esa tarde se comenzó a desmembrar nuestra gallada, Urraca, la Gallina y Tripillo fueron conducidos a lomo de volqueta a las instalaciones de la IV Brigada de donde los remitieron por dos largos años al Batallón de Infantería de Marina de Coveñas. El Ejército reclutaba en los teatros, la guerrilla en los colegios y Los Priscos en las esquinas.

Luego de entregarle la dolorosa noticia a sus padres y de recibir de ellos el consabido: "Eso les pasó por juntarse con marihuaneros", nos fuimos a desahogar nuestras penas al parque. Teníamos un motivo para emborracharnos, nuestros correligionarios de teatros, colegios, balones, novias, adicciones y esquinadas, desde esa tarde, ya no nos acompañaban.

Las sombras reflejadas por los árboles en el piso del parque se iban borrando una por una. La noche comenzaba a desalojar el día cubriendo todo con su cómplice manto. Los vendedores de sueños,

mangos, helados, los ponis, las palomas, los enamorados, las familias, los policías... daban paso a celadores, jibaros, borrachos, ratas, gatos, indeseables y nosotros. La marihuana de la tarde fue sustituida por ese polvo amarillento y seco convertido en humo que ya comenzaba a hacer estragos en nuestro barrio y nuestras casas, desocupándolas de sus enseres y llenando las otras, las de empeño; la Coca-Cola por cerveza y aguardiente y las crispetas por perico. El dinero para procurarnos todos estos "manjares" no recuerdo de dónde aparecía, pero aparecía y la prueba de ello es esta historia.

El sábado ya se había gastado las tres primeras horas de su precioso tiempo y así nos lo indicaban las agujas del reloj empotrado en la torre del templo, nosotros habíamos entregado las últimas monedas, así nos lo indicaban nuestros bolsillos.

Éramos una hermandad, unidos de cierta forma por las mismas desgracias que nos depararían nuestros futuros inmediatos. Ahora a Urraca, la Gallina y Tripillo los habíamos entregado a la patria, o más bien ella nos los arrebató, con la única contraprestación de recibir una libreta militar que pasados dos años solo servía para picar perico o enrolarse en las AUC. Después otros tantos de la barra desaparecieron definitivamente.



Pecora, Coco, Tembleque, Víctor y yo, los que sobrevivimos a la batida, nos miramos con desolación y tristeza. En un solidario silencio tomamos el camino de regreso, cada uno para la casa con sus miedos y sus culpas a cuestas, las mismas que nos generaban el depresivo alcohol y el paranoico bazuco.

Apenas llevábamos caminada media cuadra, estábamos en mitad de la calle, justo entre el teatro Palermo y la Caja Agraria; de pronto un encapuchado se bajó de la parte trasera de un carro y, amparado detrás de la complicidad de su pasamontañas de lana negra, nos encañonó con sus ojos y de un grito seco nos ordenó: "¡A correr cabrones que esto va a explotar!"

Lo que horas antes habíamos visto realizando a Bruce Lee en la pantalla lo pusimos en práctica: salir volando por los aires cual hélice sin eje ni guía, como voladores sin palo. Desapareció cualquier rastro de alcohol o droga en nuestro cuerpo. La solidaridad y la respiración se evaporaron y vinimos a alcanzarlas dos cuadras abajo, al reagruparnos. Cuando íbamos a comenzar a hablar sobre lo sucedido... ciertamente: ¡explotó!

Más allá se escuchaba el estallar de vidrios y el aullar de los perros. Cada ventana de cada casa a nuestro alrededor retumbó; cada lámpara del alumbrado público cabeceaba; cada cable de la energía se mecía cual hamaca. Un caluroso halo con sabor a muerte pasó por nuestras caras como alma que lleva el diablo. Y a correr de nuevo, a buscar refugio bajo el amparo de nuestras cobijas. Todo el barrio se despertó. Antes de tocar el timbre de mi casa mi viejita presta ya me tenía la puerta abierta.

La resaca y la algarabía no me dieron más tregua y me tuve que levantar, eran las diez de la mañana. El dial del Philips lo rodaban de un lado a otro tratando de convertir en noticia el chisme que ya estaba regado por todo el barrio: que en la Caja Agraria habían detonado una bomba, que la guerrilla, que la policía, que Los Priscos, puras especulaciones. Me bañé lo más rápido posible, me vestí con diplomacia y salí de mi casa esquivando los regaños de mi mamá y las preguntas de mi papá en tanto caminaba detrás de mí por el largo corredor. No tenía respuestas para sus interrogantes, así que mejor apuré el paso hasta alcanzar la puerta, y adiós. ¡Ahora vuelvo!

Cuando llegué a la tienda de la esquina, Pecora ya estaba allí, sabía lo mismo que yo, de la explosión en el parque, y que medio barrio iba calle arriba a cerciorarse con sus propios ojos de lo sucedido. Así que ambos nos unimos a la procesión y fuimos a parar donde unas horas atrás estábamos. Parecíamos deshaciendo los pasos.

Un olor a metal, a pólvora, a sangre, a heces lo abrazaba todo. Nos tuvimos que abrir paso entre la muchedumbre, ya los madrugadores se habían tomado los mejores puestos. La policía trataba de poner orden, unos señores con blancos overoles plásticos tomaban medidas con una cinta métrica, otros con sus cámaras trataban de registrar la noticia. Todo el perímetro estaba rodeado por una huincha amarilla que repetitivamente nos decía "NO PASE". Y detrás los curiosos.

Mis ojos no podían creer lo que estaban viendo, mi cerebro no era capaz de armar aquel rompecabezas esparcido por toda la cuadra. Le faltaba una pieza. El poste parecía ser lo importante del suceso. Le tomaban su diámetro, la profundidad del cráter, las heridas de su maltrato concreto, las fracturas de su enmarañado costillar de acero. Fotos en todos los ángulos y conjeturas a lado y lado de la acera.

Las letras de la marquesina blanca parecían un desordenado juego de palabras regado por toda la entrada del teatro. En las paredes y en los vidrios rotos de las vitrinas empotradas donde se exhibían los carteles multicolores se podían leer las próximas cintas debajo de vísceras, retazos de ropas, de piel, de huesos, de sangre seca. Agosto: *El gran jefe*. Septiembre: *Juego de la muerte*. Octubre: *Operación dragón*. Noviembre: *Furia oriental*. Diciembre: *Karate a muerte en Bangkok*.

Al frente, el letrero de la Caja Agraria también sufrió, la explosión le arrancó un par de letras y con claridad se podía leer ahora: Caja Agraria y debajo su lema: Sí es Colombia.

Al ver a la inspectora descender del techo del Palermo por una escalera de madera, colgando de su mano una cabeza metida en una bolsa blanca, casi transparente, todo encajó: era como si le hubieran dado vida a los restos que yacían esparcidos por todos lados, era como si le hubieran dado de nuevo rostro al Bautista.

El único testigo que quedó de lo sucedido fue el poste donde sentaron y amarraron, encima de una carga de dinamita, el cuerpo consciente, palpitante y previamente torturado de un ser humano; y lo hicieron explotar. Al día siguiente una caneca repleta de hormigón cubrió el poste como una camisa de fuerza para que no se cayera y no quedara rastro de lo acontecido. ¡Ah!, y quedó un zapato negro que por varios años se bamboleó en uno de los cables de alta tensión del sector.

Por todo lo anterior es que le pido excusas, señor Mendía, por este maldito sábado que no encaja en su poema. ☹

tiçõe CARACOL TELEVISION PRESENTAN:

SILENCIO

JAZZ CLUB

LA LEYENDA MÁS GRANDE DEL JAZZ

HERBIE HANCOCK

BOGOTÁ MEDELLÍN

NOVIEMBRE 8 NOVIEMBRE 9

CHAMORRO CITY HALL CITY HALL EL RODEO

Tubeleta

MEDIA SPONSOR: b7 PRODUCE: 10MUSIC

a Marshall Arts Ltd presentation Photo by Douglas Kirkland

CAFÉ-BAR

CASA DE ASTERIÓN

Músicas del mundo, arte, bebidas y cafés

Calle 54 # 42-07 Centro • Tel: 216 8302

Fb: @CasadeAsterion

CAMPESINO AL DOBLE

LO JUSTO SABE MÁS BUENO

Cafés Especiales para Tienda de café y Hogar

whatsapp 316 6681182 - maxicafemedellin@gmail.com

Poemas por encargo

Fotografías: Juan Fernando Ospina



El evangelio según la trampa

El premio es la vista
El castigo
no la quietud ni el silencio
sí el murmullo siniestro
de aves, carros y mamíferos

Ascendidos a vigías de ciudad
Juan, Mateo, Lucas y Marcos
en inútil atalaya
Recuerdo la pregunta capciosa de papá:
qué es mejor, casi salvarse o casi condenarse
Solo así se explica, los hicieron confundir
en su abismo están condenados a orinar
en ajustadas prendas de malla

¿Cuál es esa ocasión
esa en la que hay que ponerse algo azul
un toque azul
todo azul?
Cómo no decir sí, claro que sí,
acepto
si además te han atado y apuntalado por la espalda
Para qué el pedestal
para qué esa excusa

Impávidos los ojos
en ese lado de la burka
ruegan por unas manos
unas que sepan desvestir santos

Gloria Estrada

Las estatuas

A un costado de la iglesia
el tipo de las maderas
recorta los nombres de cada quien
por dos mil pesos.
El vaho de la chunchurria frita
se cuele en la iglesia
y se mezcla con el agua bendita.
La gente hace filas largas
para agarrar el bus a
Buenos Aires, La Milagrosa, Aranjuez.
Los vendedores de fruta
vocean la lengua de los vencedores:
Aguacate que en vez de pepa, tiene arepa.
Quince limones por mil.
Lleve la mandarina dulcecita: puro azúcar.
La sombra del soldado y su celular se alarga
sobre los adoquines.
Alguien por disimular
te pide un pielroja.
Un tipo le dice a la joven vendedora:
mami, me regala un minutico.
Y arriba,
por encima de todas estas cosas,
las estatuas empotradas
en el techo de la iglesia de San José,
amarradas con cuerdas y bolsas
igual que los locales de cobijas ecuatorianas y de cachivaches,
a la intemperie,
cuando en el centro no hay más comercio
y no se ve un alma alrededor,
como si la coincidencia fuera
una premonición
del vacío que nos espera.

Santiago Rodas

Merodeando el templo

El verbo se hace carne
y la carne bronce
Y barro

Vestidas como nuestros miedos
como nuestros anhelos
las imágenes nos sobreviven y rebasan
y tienen un rostro
al cual pedirle
al cual reclamarle

Allí
en ese templo que se ahoga arrinconado
el hollín las mustia
como a nosotros

Expulsados del tabernáculo
los mercaderes
se aferran a sus muros
con su batiburrillo apenas sagrado
velones
estampas
camándulas
migajas en el banquete del rico Epulón

Adentro
el oneroso costo
centímetro cúbico/mes
de los osarios
para que nuestras cenizas no yazgan en tierra impía
y se preserven para el Juicio

La Eternidad como promesa
enriquecerse de tiempo
vender tiempo

¿En qué las convertiremos
cuando nadie las frecuente?
pregunta Larkin
"¿O evitaremos las iglesias como lugares
Que nos traen mala suerte?"

Visitarlas
buscar su sombra fresca
y sus altos techos

Recordar esa anónima amiga adolescente
el magreo mutuo en misa de siete de la mañana
su súbito ateísmo precediendo el mío.

Orlando Gallo

En la cornisa

Esa red es su último manto,
uno que asfixia y protege, que silencia y sostiene.
Un bozal para los evangelistas,
una jaula para el águila y el ángel,
un corral para el toro y el león.

Podría ser un martirio macabro que recuerda las peores escenas
en la ciudad.
Una alegoría hecha de piedras y nudos.

La piedra tiene siempre las tareas más arduas.
Soportar la intemperie, guardar los primeros signos con simpleza,
lograr que las grietas sirvan como rastros.

Cegar a quienes miran desde lo alto,
Apagar los faros, cercar las atalayas.
Todo parece una trampa para hundir la nave principal.

Abajo queda el sonido sordo del órgano como guía hacia las
múltiples ranuras de la iglesia,
las alcancías empotradas en las paredes.
De las monedas depende que los santos vuelvan a respirar,
que sus ojos no amenacen ruina.

Así funcionan las precarias obras sobre la tierra. ©

Pascual Gaviria



Iglesia de San José.



Simplyte Natural

Centro - El Palo

Carrera 45 - 52 - 75
Cel: 3003125291
(Diagonal al Colomboamericano)

Laureles

Circular 74B # 39B-122
AVENIDA JARDÍN - Tel: 5825544

Poblado

Carrera 35 # 8A- 76
PROVENZA - Tel: 5802228

Bogotá

Carrera 7 # 66 - 21 - Local 4
CHAPINERO - Pbx: 7044883

@lentejaexpress
www.lentejaexpress.com.co

El crimen más organizado del mundo



por GUSTAVO DUNCAN

Fotografía: Juan Fernando Ospina

En el principio fue el caos. Luego vino el orden y al orden lo siguió un caos aun peor. Desde entonces, la ciudad ha pasado del caos al orden. A veces más el uno y a veces más el otro. Todo depende de a quién se pregunte.

El inicio de todas las entrevistas en las cárceles fue el mismo: “El crimen en Medellín es el más organizado del mundo, en Colombia ninguna otra ciudad se le parece”. Entre los reclusos la idea que prima es la de que todo lo que ocurre en Medellín, al menos todo lo relacionado con el crimen, obedece a un orden que se origina en una sólida y tradicional estructura que dicta qué se puede hacer y qué no.

En la base están los combos. Son los muchachos de siempre en varias cuerdas a la redonda. Conocen a todos en la comunidad porque son parte de ella. Allí, entre callejones y escaleras, han gastado sus pocos años de vida. Son los encargados de vigilar que la ley de los bandidos se cumpla en el terreno. Quien mate, quien robe o quien venda droga sin permiso, o simplemente quien no se sepa comportar es sujeto de un castigo. Puede ser una multa, una paliza, el destierro o la muerte. En la calle, inconscientemente, se pueden ver los efectos de la ley. Muchos de los drogadictos que deambulan al lado del río fueron expulsados de sus comunas cuando la droga los convirtió en un problema de convivencia.

La ley tiene su precio. En algunos barrios todos deben pagar una vacuna. En otros solo los negocios, desde los buses hasta los distribuidores que quieran surtir las tiendas. Sin embargo, los muchachos del combo no se hacen ricos con esa renta. Son muchos y al final no es tanto dinero, son barrios pobres. Les basta saber que ganan más que si se dedicaran a trabajar en algo legal. Además,

obtienen un poder, un prestigio y un atractivo sexual que difícilmente obtendrían en otra ocupación. No todo es dinero en la vida.

Arriba están las razones, como se conoce a las cerca de dos decenas de bandas que se reparten la ciudad. Cada una de ellas maneja un territorio a través de combos leales que le garantizan que solo sus mercancías —sean drogas, aguardiente adulterado, gaseosas, huevos, etc.— se vendan en el lugar y que ninguna otra “razón” cruce sus fronteras. Los coordinadores, una suerte de administradores profesionales del crimen, son los que conectan las razones con los combos, llevan las órdenes de arriba abajo y las quejas de abajo arriba. Es una tarea difícil mantener el control de tantos jóvenes llenos de testosterona y habituados a una violencia letal. Uno de ellos, ya retirado, resumió su oficio: “Mi trabajo era ponerle disciplina a los jóvenes”.

Quizá no haya asunto de la vida de las comunidades en que más se vea reflejada la disciplina impuesta por el crimen organizado que la violencia sexual. Los violadores, sobre todo los violadores de niños, son ferozmente perseguidos por los combos y el castigo es el más severo. Un coordinador, entre las risas que le causaba un cigarrillo de marihuana que acababa de fumarse a la vista de todos en la calle, respondió cuando se le preguntó qué se hacía con los violadores: “En esos casos lo que se recomienda es matarlos”.

No siempre fue así.

Es difícil resistir los primeros diez minutos de la película. Las escenas son de una crudeza tal que uno se niega a creer que eso haya podido ocurrir. La realidad es que *La mujer del animal*, de Víctor Gaviria, es un relato de lo que solía pasar en muchos barrios de invasión en los setentas. Surgían pandillas que aterrorizaban a la comunidad. Amedrentaban y robaban, pero lo verdaderamente humillante eran las violaciones. Se hizo común

la práctica del revolión, en que una muchacha era seducida por alguno de la pandilla y luego cuando la llevaba a algún lugar apartado era violada por todos.

Tanta humillación llevó a que los hombres de la comunidad organizaran grupos de vigilantes para cazar los delincuentes. Pronto, se convirtieron también ellos mismos en delincuentes aunque algo había cambiado: ahora se convertían en la autoridad de la comunidad. Imponían orden, un orden oprobioso pero orden al fin al cabo.

Por esa misma época, en barrios populares pero no tan pobres como los que retrata *La mujer del animal*, surgió otro fenómeno entre jóvenes que sentían que las perspectivas de trabajo en las fábricas, que habían aliviado las aspiraciones de sus padres, eran cosa del pasado. Eran tiempos de crisis económica. Se sintieron desahuciados del futuro y optaron por la delincuencia, aunque como estaban más integrados a la ciudad se convirtieron en bandidos más sofisticados. En vez de robar a su propia gente asaltaban bancos y carros de valores. Y, al igual que los vigilantes, desarrollaron una cultura de gobierno de sus comunidades.

Entonces apareció Pablo. Del orden precario que surgió con los nuevos bandidos vino el peor de los caos.

Se comenta que el gran error de Escobar fue haberse metido en política. Y, de manera ingenua, se reduce su vida política a la campaña electoral de 1982 y su paso fugaz por el Congreso. En realidad, Escobar todo el tiempo hizo política a través de medios muy distintos a las elecciones.

Él se dio cuenta de que si se ganaba a los jóvenes bandidos no solo podía hacerse al control del Cartel de Medellín sino que podía disponer del ejército y del territorio para plantear una guerra contra el Estado. Las fotos de Escobar en campaña, inaugurando canchas de fútbol en los barrios populares, esconden una transacción política muy

profunda. No era a los líderes políticos a quienes se iba a ganar. Era a los bandidos a quienes estaba seduciendo. La lógica era simple: ellos dejaban de cometer los crímenes de siempre, tomaban de una vez por todas el control de sus barrios y hacían parte de su ejército personal, a cambio Escobar les transfería una parte de las rentas del narcotráfico que por entonces inundaba la ciudad. Si un narco se atrevía a no pagar su parte iba a tener un ejército de bandidos respirándole en la nuca. Ese fue su verdadero poder político.

Comenzaba, en medio del sangriento caos que fue la guerra de Escobar, a gestarse el control actual de las bandas y los combos. Ya no eran simples delincuentes de barrio. Los bandidos se volvieron conscientes del poder que encarnaban y de las rentas que estaban disponibles si actuaban de manera organizada. Cómo no iban a darse cuenta si en un momento dado bajo el liderazgo de Escobar pusieron al Estado en jaque. Al final, como era de esperarse, fueron derrotados por una alianza entre fuerzas de seguridad, disidencias del Cartel de Medellín y se dice que la propia cúpula al menos sabía lo que se cocinaba, pero la enseñanza de la guerra les despejó cualquier duda sobre la magnitud de su poder.

De nuevo el orden o, mejor, una pretensión de orden.

El reto de quienes mataron a Pablo era imponer orden entre los bandidos que dejó la guerra. A los Castaño y a Don Berna les tomó tiempo hacerlo. Y cuando lo lograron tuvieron que usar esa fuerza para combatir a las milicias de las guerrillas. Por eso, en la desmovilización de los paramilitares la mayoría de quienes dejaban las armas eran bandidos.

Los tiempos de Don Berna dejaron una nueva enseñanza. No tenía sentido hacer una guerra contra el Estado y desafiar el resto de la sociedad. Si los bandidos racionalizaban sus

comportamientos podían mantener el poder en sus comunidades, hacerse a jugosas rentas y evitarse problemas con las autoridades. La clave estaba en identificar negocios susceptibles a la explotación, que no involucraran un despojo, sino una extracción sistemática por el solo hecho de disponer la fuerza para extorsionar o monopolizar sus rentas. ¿Qué sentido tenía robar si en proteger empresas informales y criminales había mayores ganancias?

Había comenzado la domesticación del crimen en Medellín. Ahora los bandidos estaban interesados en la pacificación. La violencia era pésima para los negocios y las autoridades se los hacía saber. Podían sobornarlos pero si en la prensa aparecían los muertos no había caso. Los policías cerraban las plazas de vicio y capturaban sus cabecillas. Todos perdían.

En las propias estadísticas del Estado se vio el efecto. Luego de la extradición de Don Berna vino la guerra entre Sebastián, el elegido de los bandidos, y Valenciano, el dueño de la riqueza. Ganó Sebastián pero apenas pudo disfrutar su poder, enseguida fue capturado. La sorpresa fue que en el largo plazo la tasa de homicidios, con sus sobresaltos, bajaba a pesar de las guerras.

¿Por qué esta tendencia a la baja de la violencia? En gran parte porque el Estado llegó y reclamó orden, así fuera a su manera, con garrote y zanahoria, o lo que es lo mismo, con operativos, sobornos e inversiones en el hábitat. También en parte porque la historia, como se aprecia, les enseñó a los bandidos que la civilización trae enormes beneficios. Ya el destino no está marcado por una muerte segura antes de los treinta años ni por una prisión perpetua en Estados Unidos si se quiere ser rico.

Ahora la ruta hacia el orden, en una ciudad que lo ha anhelado y exaltado durante años, se nota en que hoy tiene unos bandidos que se precian de ser el crimen más organizado del mundo. ©

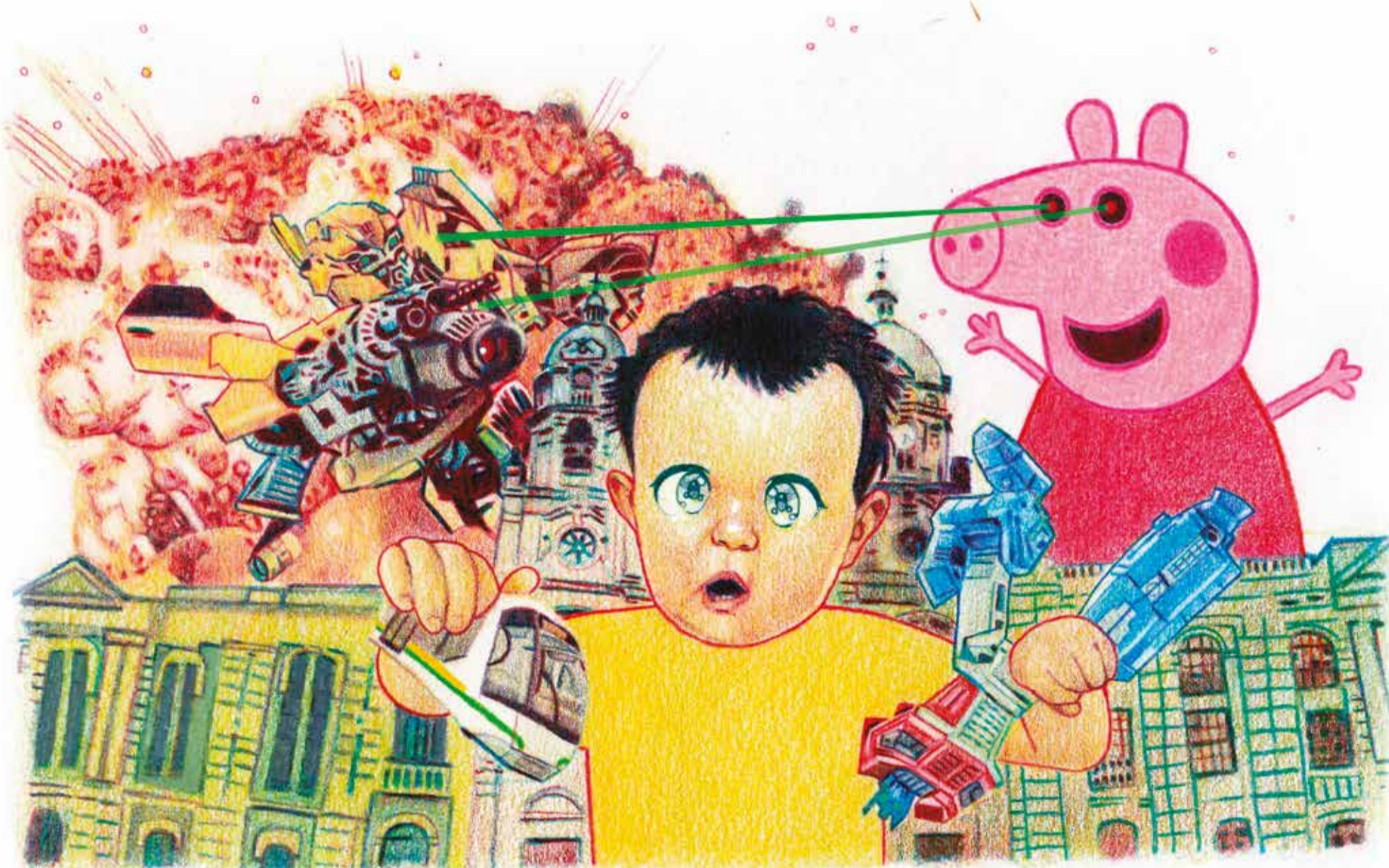


Recuerda que

- El responsable del alumbrado público y fijar su precio es el municipio.
- Cada municipio contrata el servicio de alumbrado público con diferentes operadores. EPM opera el servicio en 29 municipios de Antioquia.
- Reportar daños en el alumbrado público contribuye a mejorar la calidad del servicio. Hazlo a través de la línea 01 8000 415 115 y en Medellín 44 44 115.

Por ti, estamos ahí
epm

Este mes nuestra conversación desde San Ignacio es un cuento de Pilar Quintana, un salón para niños y grandes. Ilustrada por Sebastián Restrepo.



OPTIMUS PRIME ES UN SUBMARINO

El muro es demasiado bajo, incluso para un niño de un año y medio. No puedo evitar mirar hacia el jardín selvático del primer piso e imaginar el cuerpecito de Sebastián tirado en el camino de piedra con el cráneo reventado contra el andén.

—Ten muy gande —dice.

Se refiere al tranvía de Ayacucho, un tren como salido de una película futurista, blanco y lleno de ventanales, que se desliza por entre los edificios antiguos de la plazuela San Ignacio con un zumbido limpio. Desde que lo vimos, hace unos minutos, no ha parado de repetir que es muy gande.

—Sí —confirmo por enésima vez—, muy grande.

—Muy muy gande.

Entramos al salón. Hay un proyector, los pupitres son plásticos y el tablero acrílico, pero en todo lo demás

parece de mil ochocientos. No tiene ventanas al exterior, solo hacia el pasillo del muro demasiado bajo. Como no podré mantener todo el tiempo un ojo en Sebastián, deberé cerrar la puerta y, para que entren el aire y la luz, abrir las ventanas. Por fortuna por el pasillo no transita mucha gente.

Descargo el morral sobre el escritorio, desabrocho el portabebé y saco a Sebastián. Lo pongo en el piso, de pie, frente a mí.

—Hijo —me agacho para quedar a su altura—, te tienes que portar juicioso. Yo sé que no es fácil, pero es muy importante. La mamá necesita este trabajo para poder sostenernos este semestre.

Me mira como si entendiera a la perfección. Tiene el pelo desordenado, la naricita escasa y unos ojos enormes de personaje de anime. Siempre que veo sus ojos me pierdo. Alrededor, el claustro se podría estar desmoronando y yo

seguiría embebida, sintiendo que no hay en el mundo nada más bello ni más valioso que este niño.

—Si te portas bien, cuando salgamos de trabajar, nos montamos en el tren. Sebastián se emociona:

—¡Ten muy gande!

—¿Quieres montar en el tren?

—¡Chí! —dice aplaudiendo.

Saco a Optimus Prime del bolsillo y se lo entrego. Es un modelo pequeño, para niños mayores, difícil de transformar. Está en modo robot y Sebastián hace lo que puede: le abre los brazos como si fueran alas e, imitando el ruido de un avión, se lo lleva volando.

Temo que Sandra venga a darme la bienvenida y al ver a Sebastián le cambie la expresión: “¡Por dios, Patricia, ¿qué es esto?! ¡Así no vamos a poder trabajar!”.

Termino de abrir las ventanas y cierro la puerta. Los peligros se quedan afuera y

por PILAR QUINTANA

Ilustración: Sebastián Restrepo

Tiene un peinado anticuado, como de rey del siglo XV, y no logro adivinar si tiene hijos, entiende y está tratando de ser amable conmigo o más bien le parece fatal que haya traído a Sebastián, quien llega hasta Optimus Prime y lo agarra gritando: “¡Te tengo!”.

—¿Aplazarlo de nuevo? —dice una que está atrás.

—No sabía que ya lo había aplazado una vez.

—Fueron dos.

La primera porque estábamos recién llegados a Medellín y Sebastián, que todavía no se adaptaba al nuevo jardín, lloraba todo el tiempo, y la segunda porque le dio fiebre.

Hago mi mejor intento por escuchar a los alumnos mientras se presentan, pero en la zona de desastres que tengo atrás los autobots sufren terribles accidentes, vuelan en pedazos por el aire, experimentan dolores indecibles, gritan y aparecen misiones de rescate, así que sobre todo finjo que los escucho.

En mi plan inicial, luego de las presentaciones, expondría unos conceptos básicos para darles herramientas y medir el nivel del grupo. Ahora es impensable hacer nada en el salón, mucho menos una exposición teórica. Así que propongo un ejercicio: conseguir una historia en los jardines del claustro, el centro de atención de Comfama, la plazuela San Ignacio, las calles, el tranvía, el puesto de la señora que vende recortes de hostia...

—Donde sea —concluyo—, pero allá afuera.

Con el dedo, señalo la puerta y ellos me miran confundidos.

—Vamos a jugar al reportero: a usar la realidad como fuente para contar una historia.

Animados, algunos alumnos se levantan: las treintañeras, la muchacha de los piercings, su compañero y las dos colegialas. Al verlos, los otros —mayores y dudosos— se empiezan a decidir.

Se me acerca una: canosa, con pelo corto, cejas gruesas y un bastón de madera que la hace ver aguerrida.

—¿Este es un curso de escritura?

—Un taller de escritura creativa.

—¿Vamos a aprender de redacción y esas cosas?

—No, señora, vamos a contar historias: cuentos, ficciones —concluyo—: literatura.

No sé si decepcionada o gratamente sorprendida, la mujer da un golpecito con el bastón y sigue hacia la puerta. Todos han salido y está abierta de par en par. Afuera aparece el muro demasiado bajo y de nuevo me llega la imagen del cuerpecito de Sebastián estrellado contra las piedras del primer piso.

Por instinto, me vuelvo para buscarlo. No está atrás. El silencio y la calma que ahora ocupan el salón me resultan atroces. Tampoco está adelante ni a los lados. Lo desatendí por andar pendiente de la señora, y ahora mi hijo no está en el salón.

—¡Sebastián! —grito asfixiada como si un ave de rapiña me tuviera atenazada la garganta con sus patas.

Antes de que pueda moverme y salir corriendo hacia el pasillo lo descubro al lado, pegado a mi falda, tan cerca que por eso no lo vi.

Sebastián me muestra a Optimus Prime: ha perdido los brazos.

—¿Qué le pasó a Optimus?!

—E un sulamino —dice.

Sulamino significa submarino y no es buena señal que Optimus Prime se haya convertido en uno. En casa, llama sulamino a cada juguete que se le rompe y, con desprecio, para no verlo más, lo entierra en la matera de la sala, lo patea debajo de la cama o lo tira a la basura.

Ahora hace navegar a este nuevo sulamino, pero enseguida lo deja caer. Descubro a un hombre junto a la puerta.

—¿Esta no es la clase de escritura? —dice.

—Sí.

—¿Doña Patricia?

—Sí.

—¿No han llegado los estudiantes?

—Están afuera haciendo un ejercicio.

El hombre entra. Lleva camisa y pantalones de vestir, un corte de pelo impecable y el carnet de Comfama colgado al cuello.

—Soy Jorge Hernández, el auxiliar de servicios. Doña Sandra me envió.

—Un ejercicio de escritura para que vayan calentando la mano —explico.

—Doña Sandra quiere saber si necesita algo.

—Todo está perfecto.

—¿Quiere que le prenda el video beam?

—No hace falta, gracias.

Me siento en el escritorio y abro el portátil. Supongo que intento parecer profesional. Jorge mira a Sebastián. Optimus Prime yace desmembrado en el fondo del océano y él, de pie junto a los restos, un dios indiferente y colosal, se hurga la nariz. Se me ocurre que podría decirle: “Es el hijo de una alumna, madre soltera la pobre”. Pero le cuento la verdad. Jorge me escucha en silencio y al final se queda mirándome. Yo pienso que me van a echar y luego me pregunto dónde habrán quedado los brazos de Optimus Prime.

—Mamá, que lo teta.

Es hora de que Bumblebee haga su entrada. Lo saco del morral:

—¡Mira quién llevo!

Sebastián lo observa. Está en forma de carro: un Camaro amarillo con franjas negras y bordes puntiagudos. Lo agarra y de un tirón lo transforma en robot. Tiene las piernas largas y poderosas, escudos protectores y brillantes ojos azul turquesa. Lo agarra, lo convierte en robot y lo sigue observando. Es su transformer favorito.

—Bumblebee me dijo que tenía una misión: rescatar a Optimus Prime. Pero antes deben encontrar los brazos. Pobre Optimus sin sus brazos.

—¡Tansfolación! —grita Sebastián y de nuevo lo convierte en carro—. ¡A lescate!

Se agacha, lo desliza por el piso y por un momento parece que se entregará al juego. Sin embargo, no he terminado de escribir la primera palabra en el tablero y él lo suelta. Vuelve junto a mí.

—Mamá, que lo teta.

Todavía no es hora de la siesta y si le doy teta no se dormirá sino que se pondrá más inquieto. No me queda alternativa: voy al morral, saco el teléfono, abro YouTube y en el buscador escribo “Peppa Pig”.

¿Cómo encontró la historia? ¿Por qué la eligió? ¿De qué se trata?

Termino de escribir las preguntas en el tablero y llegan los alumnos. Primero los mayores, luego las treintañeras, las dos colegialas y al final la de los piercings con su compañero.

La de los piercings es de mi edad, lleva el pelo al estilo de Amélie y aros y labrets en las cejas, la nariz, la lengua, las orejas y debajo del labio inferior. Son por lo menos una docena. Amélie *darks* y, no sé por qué, imagino que vegetariana. Mientras avanza, se queda mirando a Sebastián que está sentado contra la pared, con el teléfono en las manos, por completo absorbido: un zombi.

Uno por uno los alumnos responden las preguntas del tablero y puedo prestarles atención. Solo faltan unos pocos cuando Sebastián deja a un lado el teléfono y viene a jalarme la falda.

—¿Quelo teta.

—Ahora mamá está trabajando.

—¿Quelo teta.

Estoy sentada en el escritorio, cambio de posición y me dirijo a los alumnos:

—Denme un momento, por favor.

El que hablaba se interrumpe, un jubilado cuya historia se inspira en la ceiba inmensa junto a la calle Pichincha. Miro el reloj en el portátil. Puede que sea hambre. Le doy un queso pera. Ni siquiera lo mira, lo tira al suelo.

—¡Quelo teta! —grita.

Me levanto y recojo el queso, evitando las miradas de los alumnos. No quiero saber si mi hijo les parece un malcriado. Voy por el teléfono que está en el suelo y al agacharme veo, debajo del escritorio, los brazos de Optimus Prime. También voy por ellos y, ya que estoy, recojo a Bumblebee y el cuerpo mutilado de Optimus Prime.

Pongo todo sobre el escritorio. Suspiro. Luego saco del morral una bolsa de gusanos de goma y, al verla, Sebastián se emociona:

—¡Quelo, que lo que!

La abro, se la entrego y él agarra un gusano de colores radioactivos cubierto en polvo de azúcar. Con placer, se lo mete a la boca y yo le reviso el pañal. Sigo evadiendo a los alumnos. Vuelvo al escritorio y me siento. Entonces sí los miro y hablo:

—A veces también me toca darle Coca-Cola, desde que nació es el único vicio que me permite, ¿y cómo puedo negarle lo que yo misma hago?

—¿Cómo se convierten las ideas en historias?

Formulo la pregunta mientras Sebastián se traga el último gusano. Se queda extasiado durante un segundo más. Solo un segundo. Enseguida bota la bolsa vacía a un lado y viene hacia mí.

—¡Quelo teta!

El tono es apremiante. Ya es hora de su siesta y no le queda ni un resto de paciencia. Está al borde del llanto y yo tengo que actuar de inmediato. Veloz, me dirijo al asiento, donde está colgado el portabebé, que agarro. Pero no consigo amarrármelo antes del estallido:

—¡Teta teta mamá teta teta teta mamá mamá teta teta mamá teta teta!

Mi hijo está gritando y a mí no me importan los alumnos ni Sandra ni perder el trabajo ni nada que no sea remediar el llanto de mi hijo. El salón desaparece y el llanto es lo único que queda. Agudo, desesperado, acuciante.

—Ya, ya, ven, hijo, ven, aquí está mamá.

Lo alzo, me lo pongo en el portabebé, termino de ajustar las correas, me saco la teta y al tiempo que él empieza a chupar le acaricio la cabeza. Todo queda en calma. Lo beso en la frente y levanto la mirada. Los alumnos están mirándome.

Doy vueltas por el salón.

Sebastián pesa diez kilos, ya llevo más de media hora con él encima y tengo un dolor sordo en la espalda. Ajusté demasiado la correa de la cintura y me aprieta. Hace calor, sudamos, todo me pica y no me puedo rascar, sentarme ni estirar. No he logrado guardarme las tetas y los alumnos, si estuvieran de pie, podrían verme los pezones. Pero, de alguna manera, me embarga una sensación de bienestar: mi hijo está dormido y a salvo, los alumnos trabajan y alrededor, por una vez, hay paz.

Esto es lo más sola y libre que puedo estar desde que soy mamá. Sola y libre en un salón lleno de alumnos y con un ser humano adherido al cuerpo, un ser humano pequeñito que depende de mí para sobrevivir.

Una mujer me mira desde la puerta. Me acerco:

—¿Sí?

—Soy Sandra.

—¿Sandra? —digo con asombro—. Me la imaginaba distinta.

—¿Distinta cómo?

—Vieja, fea, entaconada, toda maquillada, no sé —nomás lo digo me arrepiento—. Perdón, perdón. Estoy como loca —me interrumpo y agrego—: Pero muy contenta con el taller: ¡los alumnos están escribiendo sus primeros párrafos!

Se los muestro con la mano para que lo corrobore. Están enterrados en sus pupitres, deslizando la mano por sus cuadernos. Ella no dice nada. Baja la mirada hacia Sebastián. Es más alta que yo y seguro alcanza a verme los pezones.

—Yo sé, Sandra, le juro que no tuve otra opción.

—A mí me tocó dejar los míos con mi mamá.

—¿Usted tiene hijos?

—Dos: uno de cuatro y otro más pequeño que el suyo, y mi mamá es horrible: no tiene paciencia, se pone a ver telenovelas, los descuida... No he tenido un minuto de tranquilidad en todo el día. ¿Cómo es que cierran los jardines infantiles, ah? Esas jornadas pedagógicas son un desastre.

Me quedo estupefacta y, cuando por fin logro hablar, digo:

—Yo no sé cómo hacen las mamás que tienen dos.

—Yo no sé cómo hacen las mamás solteras.

Me entran ganas de llorar y Sandra mira a los alumnos:

—Están muy aplicados.

Le digo que sí y ella me dice que cuando termine vaya a firmar la cuenta de cobro de este mes a su oficina. Luego se despide y yo, aliviada, vuelvo al salón. Sebastián ha abierto los ojos y me sonrío.

—Buenos días —le sonrío de vuelta.

Es precioso: los ojos inmensos, la naricita escasa, el pelo alborotado. De pronto se pone serio y rojo, puja, le salen un pedo largo y el chorro de popó explosivo y empieza a oler.

—Profesora —dice un abuelito que está en sudadera—, ¿será que podría explicarme otra vez lo del detonador? Es que no sé si entendí.

—Claro que sí —digo.

Pero me quedo detenida, sin fuerzas. Los alumnos levantan la mirada y a mí, sin poder evitarlo, se me escurren las lágrimas, ligeras como cristales. ©

¿América para Ixs americanxs?

por GUSTAVO CARVAJAL

Ilustración: Camila López

Desde hace varios años he visto cada vez más que amigos y conocidos escriben palabras como *latinxs* y *amigu@s* en internet. Esto, claro está, en virtud de la lucha por la visibilidad de la mujer y las personas trans en el lenguaje, así como la despatricialización del idioma.

Soy profesor de español como segunda lengua y esta discusión se ha vuelto frecuente en mis clases, casi siempre terminando en un cordial pero incómodo desacuerdo entre las alumnas y yo. Mi primer instinto es rechazar el uso de la *x* en lugar de la vocal, y soy muy escéptico acerca de los beneficios de cambiar la “o” del masculino para escribir la “e” como neutro. Es decir, no soy fan del “todes” en lugar del habitual “todos” para nombrar al grupo.

El *malaise*, o la *malaise*, de nuestra época me atormenta cuando tengo la sensación opuesta, es decir, cuando me pregunto: ¿estaré siendo un viejo tradicionalista, de aquella estirpe que siempre rechazé en los años de escuela, ese profesor legislativo y sin imaginación que no puede concebir un mundo con el *todes* en lugar del *todos*?: “*todes* mis amigos son amorosos”. ¿Es imposible con mi sensibilidad de dinosaurio imaginar a los poetas del futuro escribiendo esta frase?

Puede ser que un machismo inveterado y soterrado me nuble ante los beneficios de esta nueva regla del habla, pero también puede ser que mi humilde amor por la tradición de 1100 años del español me incline a conservar su gramática intacta como un obispo que se empeña en proteger su mitra. Este problema me perturba últimamente al punto de quitarme el sueño; este es mi intento por aclarar las ideas y por recuperar el descanso.

Pienso que hay tres hechos respecto a la lengua que son incontestables en lo que se refiere a esta discusión. Primero, que la lengua es un reflejo de la sociedad, es decir que hay una conexión innegable entre la cultura y la lengua. Si no fuera así no sabríamos que estamos ante un mexicano cuando escuchamos la interjección “no mames, güey”. El segundo es que desde que tenemos evidencia la sociedad occidental ha sido patriarcal, en el sentido de que los hombres han dominado la esfera pública y han gozado de mayor poder para dirigir el destino de los pueblos. El tercer punto, que es doble, es que ¡por supuesto que el lenguaje cambia!, y una de las principales razones por las que el lenguaje cambia es porque la conexión entre el significado y el significante de una palabra es arbitraria: no hay nada en los sonidos “pe-rrro” que describa al mejor amigo del hombre mejor que los sonidos *chien*, *dog* o *gōu*.

También sabemos que el habla prece- de a la escritura y por lo tanto a la gramática (la prueba de eso es que para aprender a hablar no necesitamos ir a la

escuela, mientras que para escribir sí). Si bien es cierto que las lenguas cambian, la evidencia que arroja la historia es que primero cambia el lenguaje oral y luego cambia la gramática del idioma. Por ejemplo, la primera gramática del español, la de Nebrija, apareció en 1492, seiscientos años después de la existencia del castellano hablado y 450 después de la aparición del *Cantar de mio Cid*.

Según Concepción Company, profesora *rockstar* de la Unam, toma tres generaciones de hablantes para que un cambio social se refleje en la gramática de una lengua. Un ejemplo: en tiempos de Cervantes las personas solían decir “*entrégotelo*”, pero nosotros hoy decimos “*te lo entrego*”. Con el tiempo a los hablantes (que son los únicos dueños de la lengua) les pareció menos engorroso y más claro decir los pronombres “*te*” y “*lo*” antes del verbo conjugado, y eventualmente esa se volvió la regla gramatical.

Por otro lado, si bien el lenguaje y la cultura tienen una conexión, no hay evidencia de que el género gramatical

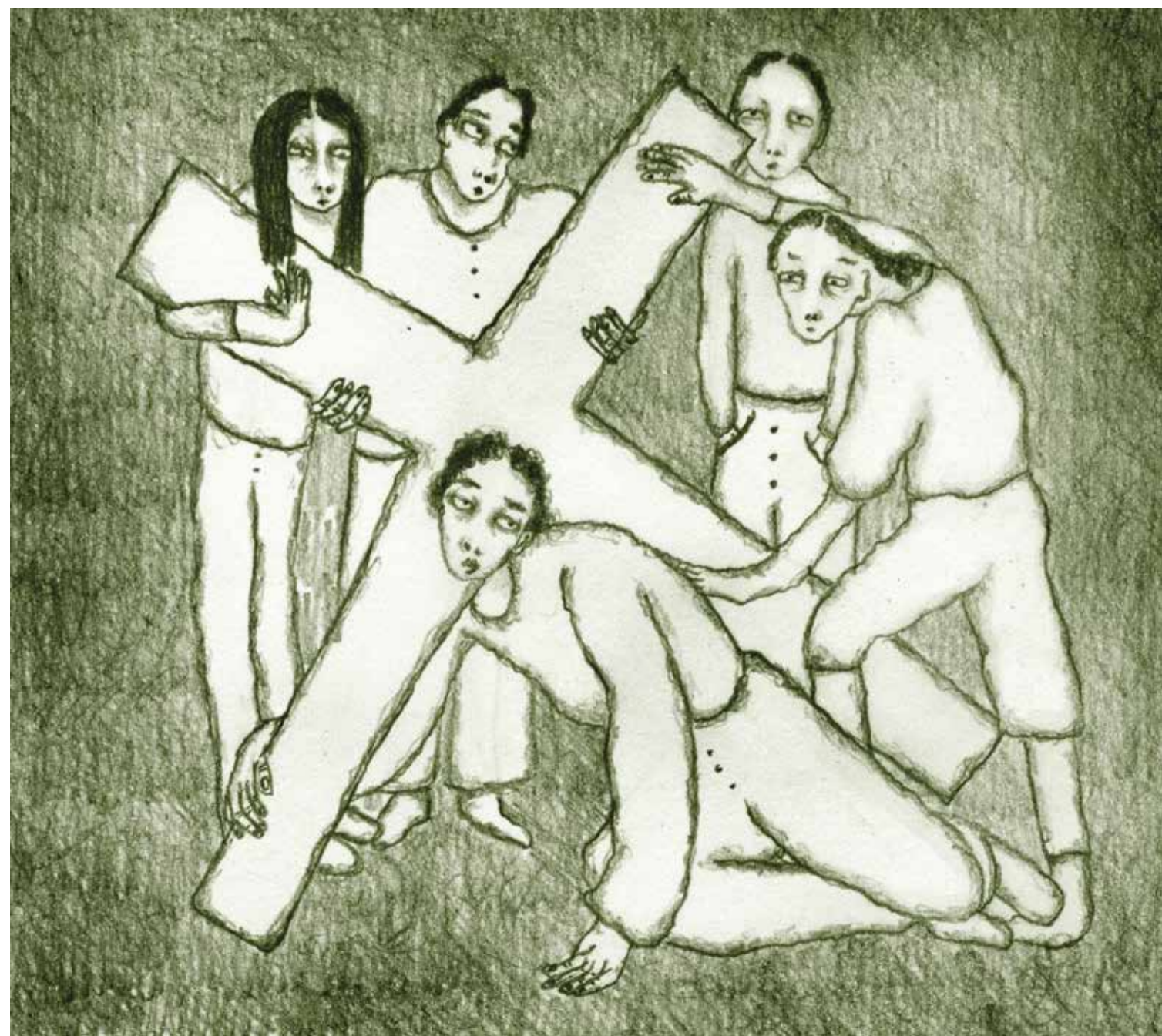
influya en el trato que reciben las mujeres en una sociedad. Ninguna lengua indígena de América tiene género gramatical, y nadie puede decir que los pueblos indígenas americanos son menos patriarcales que los españoles (es conocido cómo los wayuus en Colombia negocian a sus esposas a cambio de chivos). El farsi tampoco tiene género gramatical, pero en Irán las mujeres tienen que cubrirse la cabeza so pena de ir presas y los gays, de acuerdo con el gobierno, no existen.

Ahora sí, permítanme aburrirlos: la gramática es la disciplina que estudia cómo hablar y escribir con corrección. Tiene tres grandes partes: fonética, morfología y sintaxis (considero la semántica —estudio del significado de las palabras— como rama de la lingüística, no de la gramática). Hemos dicho que, si está viva, la lengua fluye como un río. Según lo veo, los cambios se pueden manifestar de tres formas según las tres categorías gramaticales.

Un cambio fonético es, por ejemplo, el del fonema /j/ por el fonema /sh/. Hoy

escribimos México, pero en tiempos de Hernán Cortés se decía “*Méshico*” y hoy por supuesto decimos “*Méjico*”. Morfología es el estudio de los morfemas, un morfema es por ejemplo la terminación de un verbo conjugado. Un cambio morfológico es la desaparición del futuro del subjuntivo, hoy apenas lo conservamos en refranes como “*donde fueres haz como vieres*” o en expresiones como “*sea como fuere*”. Pero hoy en día el presente del subjuntivo nos basta y es totalmente correcto decir “*donde vayas haz como veas*”. El tercer tipo de cambio es sintáctico, es decir el que tiene que ver con la organización de las partes de la oración. Hoy decimos “*me lo metió*”, pero antes se decía, “*metiómelo*”.

El hecho cierto acerca de los cambios en la lengua, sean sintácticos, morfológicos o fonéticos, es que no es posible señalar con exactitud las razones que los producen. No fueron el resultado de una singularidad o de un decreto, sino de un proceso de sedimentación lingüística. Es decir, los cambios en la lengua



se producen orgánicamente como se forma un farallón, o los meandros de un río. Si bien un acontecimiento político puede ser el germen de un cambio en la lengua, hay componentes azarosos e imponderables a lo largo del proceso que también ejercen su influjo. Tratar de hacer cambios fonéticos a partir de una campaña política es artificioso y difícilmente eficaz.

Entre viejos y nuevos vocablos existe una competencia darwiniana por la supervivencia, nuevas expresiones llegan y otras caducan, se quedan las que sirven a los hablantes y las que se vuelven obsoletas se pierden. Por lo tanto es legítimo que quienes quieran ir en contra de la regla actual lo hagan, puesto que cada quien tiene derecho de hablar y expresarse como quiera. Si un estudiante decide poner en práctica concienzudamente esta hipótesis y sustituir la “o” por la “e” en su conversación diaria y en su escritura académica, no tiene por qué ser reprendido. La equis me fastidia porque es una tachadura, un borrón y una negación total de la existencia del género, sin embargo, no puedo impedir que mis amigos y conocidos la usen (así como nunca pude persuadir a mi hermana de que no escuchara reguetón).

Ahora bien, decir “*todes*” en lugar de “*todos*” no representa ningún problema sintáctico. Para decir la frase “*Les maestres de Colombia son abnegades y mal pagades*” no tengo que cambiar el orden de los sintagmas. Morfológicamente es otra historia, pues se trata precisamente de cambiar la terminación del sustantivo plural masculino genérico para formar un plural neutro único: “*todes*”. Desde el punto de vista práctico este es un cambio innecesario. Cuando digo la frase “*a los maestros colombianos les pagan mal*” no se forma en mi mente la imagen de un grupo de maestros hombres solamente, sino la de un grupo abstracto que incluye mujeres, hombres y cualquier otro sexo conocido y por conocer. Cuando digo “*maestros*” me refiero a aquello que los integrantes del grupo comparten, independiente de la identidad sexual. Por lo tanto no hay ninguna razón morfológica para cambiar el “*todos*” por el “*todes*”. Pero como la relación entre significado y significante es arbitraria tampoco hay razón lógica por la cual no se pueda decir “*todes*” en lugar de “*todos*”.

El cambio fonético es evidente porque implica sustituir la nota musical “o” por la nota “e”, como una orquesta que cambia de clave. Estoy en contra del uso de la *x* porque la pronunciación “*ecs*” es poco frecuente en español que es un idioma eminentemente vocálico dirigido por sus cinco notas musicales discretas: a, e, i, o, u. Estos cambios fonéticos o de melodía son difíciles de hacer, requieren una diligencia y constancia que es injusto exigir a los hablantes *in promptu*. El habla debe ser ante todo funcional; es decir, debe evitar ambigüedades que dificulten la comunicación: primero el lenguaje oral expresivo, claro y funcional, y luego los vituperados volúmenes de la RAE.

Las personas que escriben *latinxs* y utilizan en sus conversaciones la “e” en lugar de la “o” como plural neutro, lo hacen motivados por un deseo de justicia social. Pero se equivocan en pensar que el “*todes*” es un indicio de la opresión hetero-patriarcal. El “*todes*” no es en realidad un símbolo del patriarcal en el idioma, sino apenas un vestigio de la sociedad patriarcal que lo creó. Un verdadero indicio del machismo en el lenguaje de hoy es, por ejemplo, que una zorra descarada sea una mujer, pero un zorro para los negocios sea hombre. Una frase como “*le presento a doña María de Bustamante*” claramente indica que la señora es propiedad de un tal Bustamante, o cuando se dice “*llegaron los doctores con sus esposas*” se señala la preponderancia del hombre y el grado de inferioridad de la mujer. El hecho social y lingüístico más palmario de dominación patriarcal es que los niños tomen siempre el apellido del papá, aunque este sea un bueno para nada.

En otras palabras, un vestigio del patriarcal es un hombre que se rasca las pelotas en un bus a hora pico, pero un síntoma de sexismo y opresión hetero-patriarcal es un hombre que se masturba en un bus a hora pico. El “*todes*” es solo un vestigio de la cultura que fijó estas reglas del idioma. No es posible borrar todos los vestigios del patriarcal en nuestra cultura, si así fuera entonces habría que tumbar la Capilla Sixtina, discontinuar los pantalones y dejar de usar el español por completo pues lo crearon también los machos patriarcales. Tenemos que preguntarnos si el propósito de esta enmienda gramatical es en realidad lograr una igualdad efectiva entre hombres y mujeres, o si más bien se trata de obliterar todo recordatorio de que las sociedades que crearon el idioma eran patriarcales.

Es legítimo que la gente use en su vida diaria el “*latines*” o el “*amigues*”, si esa es su batalla. Lo que sí no puedo hacer es fingir que es la mía (me repugna el sexismo pero no creo que esta sea una forma conveniente o eficaz para combatirlo). Me sentiría como un hipócrita y un demagogo hablando con el “*todes* nosotros”; no me siento capaz de expresar una emoción solemne y profunda con este nuevo sonido... no puedo imaginarme en un entierro diciéndole a la viuda “*el difunto y yo éramos grandes amigues*”. Por lo demás tampoco voy a reprender a un estudiante que utilice la misma frase, ni voy a eliminar de mis contactos a los conocidos que escriban *latinxs* o *amigu@s*. ☺

MUSEO D ANTIOQUIA

POLIS

OCTUBRE 2018 - ENERO 2019

HACIA LA RECONSTRUCCIÓN POLÍTICA DE LA CIUDAD

Curadora: Nydia Gutiérrez / Curadores adjunta: Paula Mesa.
Artistas y experiencias participantes: Nacionales: Agroarte / Carlos Uribe / Clemencia Echavert / Corporación Cultural Nuestra Gente / Ecohuertas Nuevos Horizontes, Pinar de Oriente / Escuela del Hablar, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín / Freddy Serna / Juan David Henao / Juan Ricardo Mejía / Luz Elena Castro / Memorias del Agua - Museo de Antioquia (EPM) Internacionales: Mónica Nadir (Brasil) / Rick Lowe (Estados Unidos) / Ruedi y Vera Baur (Suiza) / ZUS - Elma Vin Boxel y Kristian Koreman (Holanda)

Un proyecto de: Apoyan:

PÁRAMO PRESENTA

Carnívora & CAFÉ TACVBA

PUERTO CANDELARIA QUANTIC (DJ SET)

02 DE NOVIEMBRE 2018 ORQUIDEORAMA, JARDÍN BOTÁNICO MEDELLÍN

PRODUCE: MEMBROS ALIADOS: BOLETAS: #polip1919

Pedalear las reformas

por CATALINA GÓMEZ ÁNGEL

Ilustración: Verónica Velásquez

Ameneh Shirafkan lleva una camisa larga que le cubre las nalgas, y encima del casco lleva un pañuelo con el que está obligada a cubrirse la cabeza. Parece fácil, pero es toda una obra conseguir que el velo se mantenga en su sitio mientras Ameneh pedalea por las calles de Teherán, donde las motos ignoran toda regla, los carros se acercan demasiado entre ellos y las bicicletas son vistas como un vehículo inusual, tanto para hombres como para mujeres.

Ameneh salió de casa hace solo media hora, pero ya algunas gotas caen de su frente. El calor, que supera los cuarenta grados en verano, se vuelve insoportable aunque apenas estamos a mediados de mayo. El asfalto hierve, y a esa incomodidad se suma la contaminación que cada año empeora en esta ciudad. Durante varios días al año, sobre todo en noviembre o diciembre, cierran los colegios y oficinas gubernamentales porque los niveles de polución se disparan.

Por fortuna hoy es viernes, día de descanso en Irán. Ameneh rueda por la avenida Beheshti entre una calma que no es habitual. Los carros están de receso, y también las motos, que son el verdadero enemigo de las ciclistas; uno tan agresivo como las normas que rigen el comportamiento de las mujeres en la República Islámica de Irán.

“Tengo que ser sincera”, dice Ameneh. “Debo reconocer que nunca me han dicho que no lo puedo hacer. Tal vez la actitud de las autoridades sería diferente si miles de mujeres decidieran salir a la calle en bicicleta. Entonces creo que sí tendríamos problemas, porque nuestra presencia sería muy visible”.

Desde el lugar de nuestro primer encuentro en la avenida Beheshti, hasta las cercanías de la plazaletta Argentina, donde queda su trabajo. El viaje de Ameneh ha tardado quince minutos. Todavía le cuesta superar las calles empedradas. Yo hago el trayecto a pie. Cuando vuelvo a encontrarla, está en la salida de recibo del periódico reformista *Sharq*, donde se encarga de investigar sobre temas sociales de los que pocos hablan en este país. Además de ciclista, Ameneh es abogada, feminista, activista por los derechos de la mujer, tuitera, montañista y fiel defensora de una teoría: los cambios en la sociedad se dan con ejemplos: “Cada una de nosotras, con nuestras acciones, debe ser un pequeño modelo de transformación social. Una

de las más es demostrar que podemos montar en bicicleta”, dice con decisión.

En Irán las normas para las mujeres son ambiguas y complejas, igual que sucede con el país, lleno de matices y donde la sociedad se ha ido transformando a un ritmo que sus dirigentes son incapaces de detener. Durante los últimos cuarenta años, desde que triunfó la Revolución en 1979, la mayoría de estos cambios han sido liderados por las mujeres, pues son ellas quienes ejercen más presión frente al régimen. Las mujeres en Irán pueden conducir, tienen acceso a las universidades, donde representan el sesenta por ciento de la matrícula, y pueden trabajar, aunque les ha costado sucesivas luchas, frustraciones y retrocesos.

Pero la cosa se complica cuando ellas buscan mayor acceso a los espacios lúdicos, especialmente en actividades donde su cuerpo está expuesto. Cualquier deporte tiene que hacerse con velo y bajo los rígidos códigos morales impuestos por el sistema. Los hombres, por lo general, tienen prohibido observarlas. Algunas limitaciones van más allá. Los estadios donde se practican deportes masculinos les han sido vedados por décadas, incluso a las periodistas mujeres. Solo desde hace unos meses las normas se han empezado a flexibilizar, pero siempre con retrocesos. Muchos clérigos y radicales siguen convencidos de que estos escenarios no son apropiados para ellas. Argumentan que las tradiciones y la estructura familiar se pueden corromper si tienen acceso a estadios y pistas deportivas.

Semanas atrás un grupo de jóvenes *instagramers*, que incluye a muchas mujeres, fueron capturados y obligados a confesar en la televisión pública. Su delito era subir videos donde se les veía bailando frente a sus cámaras, muchas veces sin velo. Expresar euforia y felicidad en público no es “bien visto” para las mujeres.

En cuanto al ciclismo, la contradicción es aún mayor. En este país donde decenas de normas no están escritas, o cambian según el lugar o la presión política de turno, las mujeres pueden pedalear en algunas ciudades, pero no alquilar bicicletas. Con la misma facilidad que las autoridades decidieron de un día para otro que no podían fumar pipas de agua en las casas de té, les prohibieron también alquilar las bicis que hay disponibles en diferentes puntos de esta ciudad. El programa de alquiler de

bicicletas no es precisamente un éxito. Las bicis son viejas y sin cambios para las calles empedradas, y solo unos pocos quieren enfrentarse al tráfico de Teherán, donde incluso ir en carro es una aventura. Las delicadas normas de cortesía persas, obligatorias en el trato personal de los iraníes, desaparecen cuando la gente va tras el volante. Entonces solo aplica la ley del sálvese quien pueda, incluidos los peatones.

Aun así, años atrás, cuando las reglas sobre el alquiler de bicicletas no estaban todavía claras, era posible ver a algunas mujeres darse un paseo por los alrededores del centro de la ciudad. Era una gran novedad para ellas. Pero todo esto acabó rápidamente cuando las autoridades cayeron en cuenta y lo prohibieron. “Yo, como periodista, he criticado esta normativa. Debería estar prohibido que el dinero público se gaste en actividades donde se segrega a las mujeres”, dice Ameneh.

Pero una cosa es que se atreva a hacer estas críticas públicamente, y otra ser escuchada por el universo masculino que domina en Irán. Aun bajo estas circunstancias, mujeres activistas o periodistas como ella no se rinden. Siguen sacando a la luz problemas a los que se enfrentan, a pesar de que muchas han terminado en prisión.

Sus batallas son infinitas. Algunas se pueden apreciar desde la superficie: como la posibilidad de decidir si llevan o no el velo, cuyo uso es obligatorio en Irán. Pero otras terminan en aspectos mucho más profundos, como presionar para que los representantes extremistas de la ideología tomen acciones frente a denuncias de abuso sexual a menores, algo que sucede con frecuencia. El abuso contra niños y niñas es extendido, y las

activistas lo tienen entre sus prioridades aunque es una de tantas líneas rojas que no se deben cruzar en esta sociedad. Denunciarlas tiene consecuencias.

Meses atrás, cuando la campaña del #MeToo tomó vuelo en países occidentales, mujeres como Ameneh iniciaron una campaña para crear conciencia sobre el tema en Irán. Nadie se atrevió a señalar nombres concretos, pero sí denunciaron el abuso que sufren las mujeres en los espacios públicos. Ameneh habló de cómo algunos conductores, especialmente motociclistas, intentaban meterse con ella e irrespetarla solo por ser mujer. Muchos han llegado a intimidarla con sus motos, pues sienten que ella y su bicicleta les están robando espacio. Una semana antes de nuestra entrevista, un conductor la cerró con su auto para asustarla. “Para mí lo importante es que las mujeres me vean en las calles y se motiven a seguir mis pasos. Tenemos que ayudar a cambiar la manera como las mujeres se ven a sí mismas aquí”, dice.

Las reacciones de las mujeres cuando la ven pedaleando entre los coches varían. Las más jóvenes la miran con extrañeza, pues suele ser la primera vez que ven a una chica en bicicleta en medio de la ciudad. Las mayores, por el contrario, la miran con admiración y le hacen señales de apoyo. Muchas de ellas, en su juventud, tuvieron la libertad de montar bicicleta, cuando las mujeres no tenían restricciones en su manera de vestir, y podían realizar las mismas actividades que los hombres.

A veces, Ameneh pasa rodando y escucha cómo la aplauden desde las ventanillas de los carros; y hay quienes la abordan para hacerle preguntas. Muchas mujeres creen que montar en bicicleta está prohibido, y se sorprenden

cuando escuchan que ella nunca ha tenido problemas con las autoridades. Otras quieren saber si es seguro, pero en este caso Ameneh no sabe qué contestar. Ella es obsesiva con la seguridad. Lleva luces, chaleco reflectivo y demás, pero sabe que aun así corre riesgos. Irónicamente, la única vez que tuvo un accidente fue en Inglaterra, cuando estudiaba su maestría en Relaciones Internacionales.

Ameneh creció en Mashad, la segunda ciudad de Irán, donde el terreno plano nada tiene que ver con las montañas que limitan Teherán. El tráfico tampoco es comparable, como tampoco las libertades sociales que existen entre una ciudad y la otra. Mashad es más conservadora y religiosa, en parte porque allí se encuentra el mausoleo del imam Reza, el octavo de los doce imames del chiismo y el único enterrado en Irán. Millones de personas, locales y extranjeros, visitan anualmente el mausoleo que define también el carácter de esta ciudad.

Aun bajo ese escenario, el padre de Ameneh no tuvo otra opción que abandonar muchas de sus ideas más conservadoras mientras veía cómo su familia se extendía hasta llegar a cinco mujeres. Les enseñó a

jugar voleibol y a montar en bicicleta. Durante los primeros años todo fue fácil, porque eran pequeñas. Ameneh pedaleaba hasta el supermercado y jugaba con otros niños, especialmente sus primos, en el gran jardín de su casa. Era buena para los deportes y su padre confiaba en ella. Pero el paso de niña a adolescente, que es siempre difícil, en su caso fue más serio. Cuando iba a cumplir doce años su padre le dijo que no era posible salir a la calle a hacer deporte con los chicos, mucho menos jugar fútbol o montar en bicicleta.

La vida de Ameneh cambió: pasó de ser la señorita que iba al colegio a recibir clases particulares en casa. Sentía que le habían quitado parte de su vida. Por eso, cuando se trasladó a Teherán para hacer su carrera de Derecho, ya desprendida de las valoraciones morales de la sociedad donde había crecido, retomó el deporte. Se dedicó a hacer montañismo, un deporte muy popular en Irán; y más tarde, con uno de sus primeros sueldos, se compró una bicicleta. “Creo que hacer deporte es muy importante para las mujeres, porque les ayuda a tener mejor autoestima, les ayuda a tener confianza en ellas mismas”, reflexiona.

Aunque lucha y dice lo que piensa, Ameneh tuvo miedo cuando empezó a pedalear por Teherán. Un amigo, Hamed, la acompañó al principio mientras ganaba confianza. Pero seguirle el ritmo a ella no es fácil. Es hiperactiva y para Hamed, además, era imposible acompañarla entre los dos trabajos que tiene para sobrevivir. Los salarios de los periodistas en Irán son bajos, y sufren mucha inestabilidad. Los periódicos pueden ser cerrados de la noche a la mañana por orden de una corte especial. Para colmo, los periodistas pueden ser puestos en prisión con facilidad.


Mehri Jamshidi integra este inmenso grupo de jóvenes altamente calificados que se quedó sin trabajo por las crisis de los medios locales. Es fotógrafa, y también una de las pocas mujeres que se enfrenta al tráfico de Teherán. “Cuando empecé a ir en bicicleta tenía mucha vergüenza. Quería hacerlo, era mi sueño, pero me daba vergüenza hacer algo mal y caerme frente a la mirada de todos”, cuenta ahora. Mehri llegó pedaleando hasta el café donde nos encontramos. Tardó más de una hora en recorrer solo ocho kilómetros, pero lo hizo sin problemas. Se le ve bastante entrenada. Sin embargo, recuerda que al comienzo casi muere de cansancio, especialmente cuando tenía que enfrentarse a la calle empinada de su barrio.

Lo peor era durante el Ramadán, la temporada de ayuno, cuando ni siquiera podía beber agua en público. Algunas veces tenía que montar la bici en el bus, pues su cuerpo, de apariencia frágil, ya no tenía fuerzas para seguir. La única condición que le ponía el chofer era pagar doble tiquete, ante la mirada sorprendida de los pasajeros que no suelen ver a una mujer haciendo este tipo de maniobras.

Mehri asume las consecuencias. La bicicleta, más que un vehículo, es una terapia. Cuando siente que se va a deprimir, o cuando la cabeza no para de darle vueltas, sale a pedalear a la calle. Lo hace sin casco, porque es incapaz de combinarlo con el velo. Ese trapo en la cabeza la vuelve torpe e insegura. Así que cubre su cabeza con una bandana debajo, para no quedar con el pelo al aire si se cae el pañuelo. Pero no es fácil, insiste. “Teherán no es una ciudad hecha para las bicicletas”.

A Mehri, como a Ameneh, nunca nadie le ha parado a decirle nada. Tampoco le han prohibido usar la bicicleta. La gente, especialmente mujeres, la detiene para hacerle preguntas o para contarle sus historias de cuando eran pequeñas y podían montar en bicicletas. Muchas le han contado que tuvieron que dejar de hacerlo porque sus familias temían que perdieran su virginidad en una caída. Esto incluye a su madre, que no pudo montar desde los diez años. Un día se cayó, sangró, y sus padres escondieron la bicicleta para siempre.

Ameneh y Mehri vencieron sus temores y los de sus familias, que ahora se sienten orgullosas de lo que hacen sus hijas. Dos mujeres únicas en una ciudad donde las bicicletas no figuran en el paisaje. Si hubiera más gente pedaleando, Teherán podría resolver algunos de sus grandes problemas, como el exceso de tráfico y la contaminación.

Pero el mayor beneficio del ciclismo en Irán va mucho más allá de la calidad del aire. Se trata de una actividad que, con su libertad y su independencia inherentes, podría aportar dinamismo y apertura a la sociedad iraní, para desintoxicarla del autoritarismo y los prejuicios. 

*Publicado en Pedalista.co



Itaca

Gastronomía personalizada
Embutido artesanal

Lunes a sábado:
12:00 m a 3:00 pm y
6:00 pm a 10:00 pm
Domingo: 12:00 m a 6:00 pm

Cra 42 #54-60
Tels.: 5818538 - 3207908977

KARA JILLO
coffee

CAFÉ
COCINA DE AUTOR

EVENTOS
ESPECIAL

TEL: 412 0430 CALLE 33 #81A 27 @KARAJILLOCOFFEE



BUNDI
CAFÉ BISTRO

 @BUNDI_CAFEBISTRO
CALLE 53 # 42-15



Karoty
LA LEYENDA
PARAFERNALIA PARA FUMADORES

Al lado del Centro comercial Medellín, contiguo a la Plaza Minorista
Calle 54 N°57 60 Local 197
Celular: 311 634 21 85

PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

EXLIBRIS  café libros repostería

SOLO LO MEJOR
Libros
Postres
Almuerzos
Café
Compañía

Clle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E Restrepo
Tel. 2301836 • Lunes a sábado de 9 a 9

al pie de **LA LETRA** librería

Sede Brasilia: Calle 49A # 64C-42. Tel.: 2305428.
Sede Mamm: Carrera 44 # 19A-100
E-mail: laletra@une.net.co

www.alpiedelaletralibreria.com
Teléfono único: 3224694

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Restaurante **EI ÁRBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

Teléfono: 2302522

Piensa hacia donde diriges tu estrategia digital



#Páginas web #Marketing digital #Soluciones a la medida #Apps

Cohete.net

Millón
ART DRINK AND FOOD

Carrera 42 No 54-01
Contacto: 3054382744
Restaurante.millón

Prana Bar

MÚSICA EN VIVO VIERNES Y SÁBADO

Cll 47 #42-48 Local 104
Torres de Bomboná
Tel. 2170489

La Manuela
CAFÉ / RESTAURANTE

Lunes y martes: 10am a 5pm / Miércoles a viernes: 10am a 9pm
Manejamos menú del día y comida a la carta

 580 4044
310 428 6615

Calle 49#64A-11
 @lamanuelarestaurante

Reciclo y siembra

Sembremos juntos **2.800 árboles** reciclando papel y cartón

Por cada tonelada de **papel y cartón** recuperado en un mes **Sembraremos 14 árboles.**

La meta es reciclar **200 toneladas de papel y cartón** en el mes de octubre.

Descubre como participar en **reciclaje.com.co**

Más información **448 0018**
#RecicloYSiembra
 cooperecimed |  Recimed |  cooperecimed

Convoca: **RECIMED** Cooperativa Multiactiva de Recicladores de Medellín 

Patrocinan:  Colrecicladora Compañía Colombiana Recicladora S.A.  **confiar** COOPERATIVA FINANCIERA

GUÁRDANOS EN TU MEMORIA

99.9 FM

ROCK EN ANTIOQUIA
SE DICE RADIÓNICA.

WWW.RADIONICA.ROCKS

radiónica  RTVC



cinéfagos.net
cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

[/cinefagos.net](https://www.facebook.com/cinefagos.net) [@cinefagosnet](https://twitter.com/cinefagosnet)

parque **explora**

PRONTO nueva sala en Explora

MÚSICA

LA ORQUESTA PROPIA

A stylized illustration of a woman with a large afro hairstyle, wearing a dark jacket. She is looking down with her hands slightly raised. The background features a large red and blue circle with white dashed lines radiating from it, suggesting a musical or artistic theme.

San Ignacio Teatro & música

150+
artistas en escena
y espacios públicos

15
compañías

8
países

Programación del 10 al 15 de octubre

www.sanignacioteatroymusica.com

Desde San Ignacio,
¡El barrio de todos!



VIETLABO SuperSubstido

Apoyan:



Impulsa:

